Y se hizo la luz



Jakob Streit

Y se hizo la luz

De la creación del mundo al Arca de Noé

por

Jakob Streit

Traducción al inglés de Ekkehard Piening

Ilustraciones de Assja Turgenieff

Waldorf PUBLICATIONS

Impreso con el apoyo del Fondo Curricular Waldorf

Publicado por: Waldorf Publications del
Instituto de Investigación de Educación Waldorf
[Research Institute for Waldorf Education]
38 Main Street
Chatham, NY 12037

Título: *Y se hizo la luz*
Autor: Jakob Streit
Traducción al inglés de Ekkehard Piening
Ilustraciones de Assja Turgenieff
Redactor de la edición inglesa: David Mitchell
Cubierta: David Mitchell
Diseño de la edición española: Ann Erwin

Traducción del inglés al español realizada por Sonia Ordóñez Andérez dentro de la iniciativa PerMondo. PerMondo realiza traducciones gratuitas para asociaciones sin ánimo de lucro. Iniciativa dirigida por la agencia de traducción Mondo Agit.

© 2015 Waldorf Publications
ISBN # 978-1-936367-82-3

Índice

Los siete días de la Creación

El principio del mundo 7
Miguel y el dragón 10
El primer día de la Creación 12
El segundo día 14
El tercer día 15
El cuarto día 17
Edelweiss y las flores de la montaña 18
Algo sobre plantas venenosas 20
Por qué las rosas tienen espinas 21
El quinto día 21
El sexto día 24
La paloma y el cordero 26
La creación del hombre 28
El séptimo día 29
En el Paraíso 31
La caída 32
En la tierra 34

Los hijos de Caín

Caín y Abel 35
Lo que Caín y Abel soñaron 36
Caín vence al lobo 37
Cuando Eva lloró 38
Cómo Caín mató a Abel 39
Adán entierra a Abel en la primera tumba de la tierra 43
Set, el nuevo hermano de Caín 44

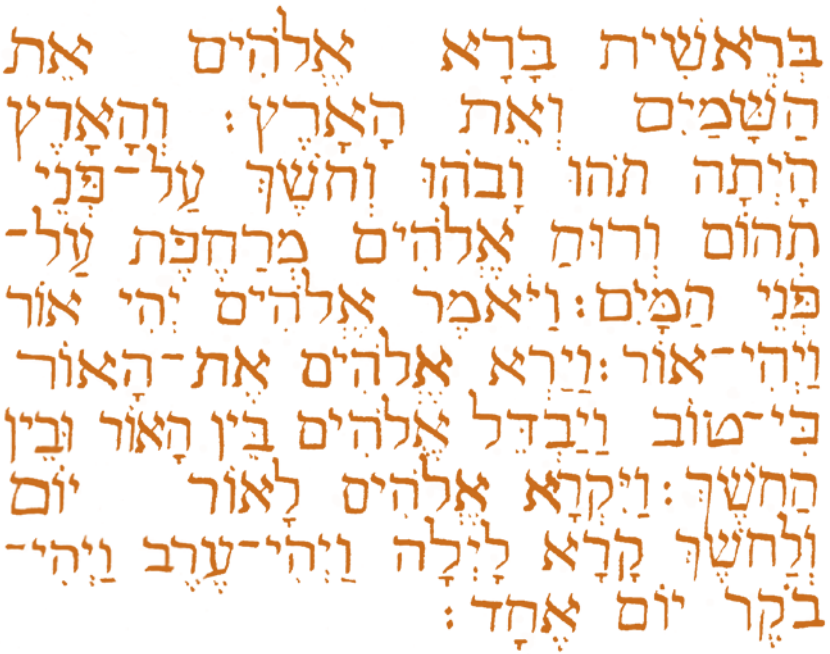
Un ángel revela el Libro de la Vida a Adán 0045
La muerte de Adán 46
Los hijos de Caín 48
Jabal, el domador de animales 49
Jubal trae la música a la humanidad 55
Tubal Caín, inventor y herrero 56
Los hijos de Caín y las primeras casas 58
Los tres cuchillos 63
Jubal hace música para los animales 64
Jubal toca para los hombres 66
De compañeros malvados y sus pérfidas acciones 68
Kenos en la cueva del bosque 69
Cómo Jubal escapa de un gran peligro 71
La muerte de Set 73
Cómo Enós introdujo la adoración
de ídolos entre los hombres 74
A través de Enoc la luz de la bondad regresa a la tierra ... 75
Enoc hace su primera ofrenda 76
Enoc encuentra la cueva del Libro Sagrado 77
El peregrinaje de Enoc 78
La montaña de Dios y sus sacerdotes 80
La ascensión de Enoc al cielo 80

El Arca de Noé

El anciano Matusalén. 83
¿Dónde está la Casa de los Justos? 84
El nacimiento de Noé 85
La ira del niño Noé 85
La Ciudad de los Cien ídolos 87
El mandato 89
El rey de la corona negra 90
Rafael guía a Noé al Libro de la Vida 91
El mandamiento para construir el Arca 92
Sem, Cam, Jafet y los animales 93
¿Será destruida el Arca? 94

Reunir a los animales 95
Entrada en el Arca 96
El ataúd de Adán 98
El arca es sellada y comienza la lluvia 98
El Diluvio 99
Angustia en el Arca 101
El vuelo del cuervo y el mensaje de la paloma 102
El nuevo mundo 103
La ofrenda en agradecimiento 104
El diablo en la viña de Noé 104
Sem y los ángeles 105

Epilogo



Del primer libro de Moisés:
Génesis, Capítulo 1, Versículos 1–5 en escritura hebrea.

En el principio Dios creó los cielos y la tierra.
Y la tierra estaba sin forma y vacía;
Y las tinieblas cubrían la faz del abismo
Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.
Y Dios dijo: Hágase la luz. Y se hizo la luz.
Y vio Dios que la luz era buena:
Y Dios separó la luz de las tinieblas.
Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas las llamó Noche.
Así hubo una tarde y una mañana: ese fue el primer día.

Los Siete Días de la Creación

El principio del mundo

Hace mucho tiempo no existía la tierra. No existían las nubes ni las estrellas, no, ¡ni siquiera el sol! Las tinieblas lo envolvían todo. Ningún animal brincaba y ningún pájaro volaba. ¿Cómo podían hacerlo si no existía la tierra? ¿No existía nada en absoluto? Había un cielo, un mundo superior, por encima de nuestras estrellas. En el cielo, el ojo de Dios resplandecía como un sol. Los ángeles menores no podían mirar directamente al ojo resplandeciente de Dios Padre, porque era demasiado luminoso. Brillaba más intensamente que nuestro sol y los habría cegado.

Sin embargo, los ángeles mayores podían mirar al ojo de Dios Padre por un momento. Incluso podían acercarse a su trono cuando querían decirle algo. Los cielos resonaban con una bella música. Resonaban flautas, violines y arpas, y los ángeles cantaban largas canciones. Cada vez que un concierto llegaba a su fin, uno nuevo empezaba. Unos ángeles cosían estrellas doradas sobre el manto azul de Dios Padre, mientras otros atrapaban haces de luz y los convertían en piedras preciosas. Todo era esplendor y una gran maravilla.

Una vez, dos ángeles mayores se arrodillaron en oración ante el trono de Dios Padre. Cuando se pusieron en pie volaron juntos en descenso a través de los cielos, porque el trono de Dios ocupaba un lugar alto y escarpado como el pico de una montaña. De pronto uno de los ángeles, que se llamaba Lucifer, se detuvo. Contempló el esplendor del cielo y de su propia prenda radiante y pensó para sí: "Qué bonito es, ser un Dios así. ¡Mi prenda es casi tan radiante como la de Dios Padre! En verdad, es tan radiante que podría sentarme

en el lugar de Dios!" Mientras Lucifer pensaba esto, una nube gris revoloteaba suavemente ante su frente.

Flotó hacia su corazón y allí hizo una mancha en su prenda. Lucifer se asustó cuando vio esto y rápidamente cubrió la mancha con su ala. Mientras continuaba su camino a través de los cielos, se encontró con Miguel. Miguel preguntó: "Lucifer, ¿qué ocurre? ¬¬¿Estás enfermo? ¡Hay una mancha en tu prenda!"

"Me duele un poco el corazón, eso es todo", respondió Lucifer. Rápidamente voló hacia los ángeles menores y les dijo: "Haced un manto de color rojo vivo para mí. He de cubrir algo". Ellos hicieron el manto, y cuando se lo puso, ya no se podía ver la mancha.

Lucifer se quedó con los ángeles menores y les preguntó: "¿Me ayudaréis a construir un trono? Me sentaré en él y seré vuestro dios. No estáis autorizados a ir al trono más alto, pero a mi trono siempre podéis venir". Muchos ángeles se asustaron al oír estas palabras. Sin embargo, otros apreciaban tanto a Lucifer que aceptaron. Estos ángeles dejaron de cantar y hacer música. También dejaron de coser estrellas sobre el manto de Dios Padre.

Entonces Miguel vio lo que estaba haciendo Lucifer. Lleno de temor, llevó la noticia a Dios Padre de que Lucifer estaba construyendo un trono para sí mismo. Dios Padre dijo: "Di a Lucifer que destruya su corazón. Le daré un corazón nuevo y luminoso. Si lo hace, tráelo ante mí. Si no lo hace, tendrá su trono, ¡pero no en el cielo! Si se niega a prestar atención a mis palabras, toma tu espada y expúlsalo del cielo". Así habló Dios Padre.

Miguel dijo todo esto a Lucifer. Pero Lucifer había agitado a muchos ángeles; no quería un nuevo corazón. Los ángeles dejaron de cantar. Se oyeron fuertes gritos y confusión. Retumbaron los truenos en el cielo y sopló un viento feroz. Miguel tomó su espada. De ella centelleaban rayos. Anunció con voz potente: "Todos aquellos que sean fieles a Dios pónganse a mi lado".

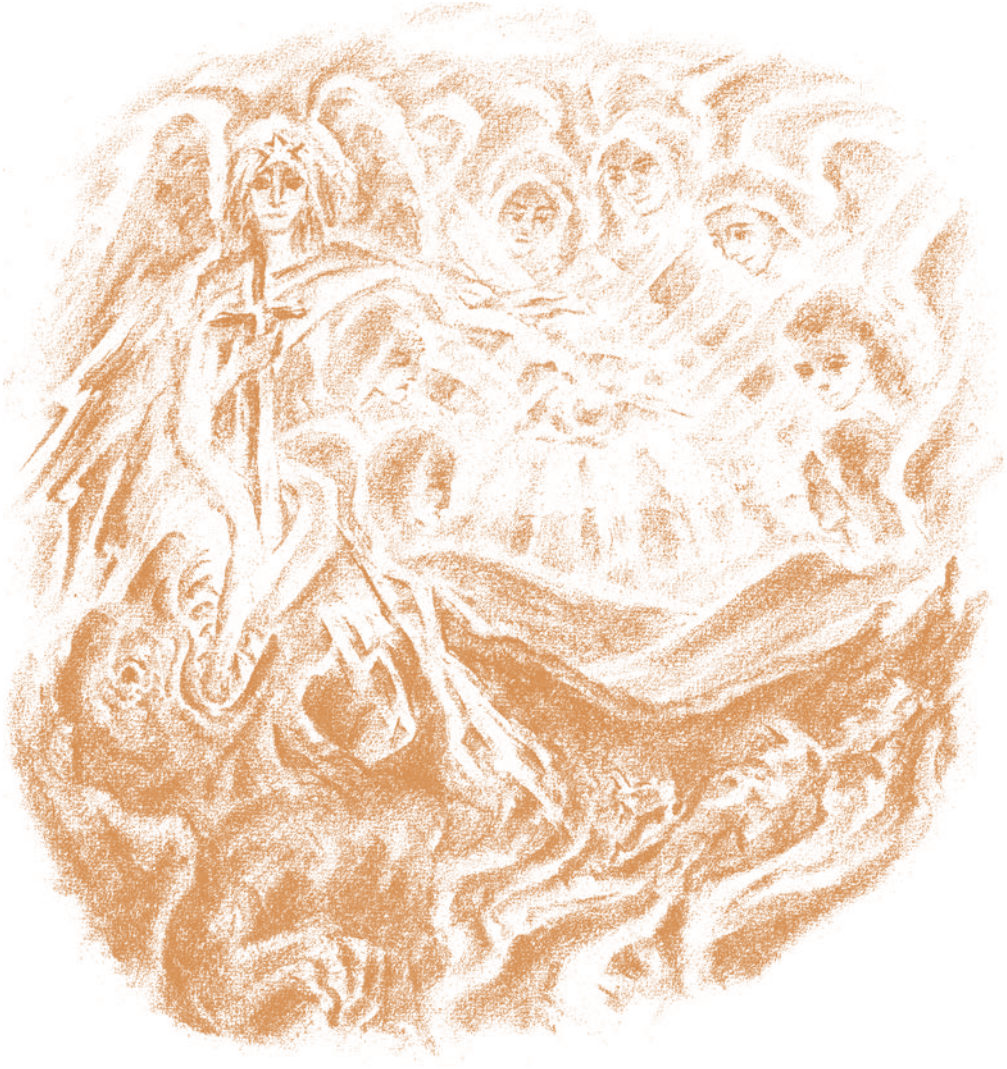
Lucifer gritó: "Los que quieran venir conmigo al nuevo cielo, ¡pónganse a mi lado!" Así, los espíritus se separaron en dos grupos. El grupo de Miguel estaba arriba, el de Lucifer abajo.

Entonces Miguel golpeó la pared del cielo con su centelleante espada. Resonó un gran estruendo y apareció una profunda brecha. Lucifer y sus ángeles lucharon desesperadamente, porque no querían descender a las tinieblas. Pero la luz de Dios Padre ya no brillaba sobre ellos. Los bellos colores de sus prendas y alas palidecieron y se desvanecieron. Sus rostros se volvieron feos y tenebrosos. De sus dedos nacieron garras. Aullaron y gimieron, pero fueron forzados a ceder ante Miguel y sus huestes. Lucifer y sus seguidores fueron expulsados del cielo. Se precipitaron hasta las hondas y oscuras profundidades.

Desde entonces existe un mundo oscuro e inferior. Los espíritus malignos hicieron un pequeño fuego de su propia luz, porque tenían frío. Bailaron a su alrededor y se convirtió en un gran fuego. Forjaron un trono para Lucifer y lo colocaron sobre el fuego para que siempre tuviera calor. Miguel cerró la grieta en el cielo. Quedó una cicatriz donde ésta había estado.

Miguel y el dragón

Los espíritus malignos hablaron entre sí: "¡Hagamos un dragón y cabalguemos hacia el cielo sobre su lomo! Con poderosas mandíbulas y dientes, rasgará la pared de los cielos". En las oscuras profundidades, crearon un dragón. Martillaron y pulieron miles de afiladas escamas para su cuerpo. Su lengua era como una llama



ardiente, sus alas como las de los murciélagos. Cuando lo terminaron, el dragón no tenía alma.

Entonces un espíritu maligno gritó: "Yo seré su alma", y de inmediato se deslizó dentro del monstruo.

Los otros gritaron: "¡Ve!" Y el dragón voló hacia la cicatriz en la pared del cielo. Los espíritus malignos montaron sobre su espalda o lo siguieron detrás.

En ese momento, muchos ángeles se reunían alrededor del trono de Dios Padre. Estaban cantando y haciendo música. De pronto se oyó un fuerte chirrido. Silbidos y aullidos perturbaron el canto de los ángeles. Miguel vio al feo dragón; estaba intentando roer la pared del cielo. Sobre el monstruo estaba sentada una multitud de espíritus malignos. Con las dos manos, Miguel tomó entonces luz del trono de Dios Padre y sumergió su espada en esta luz.

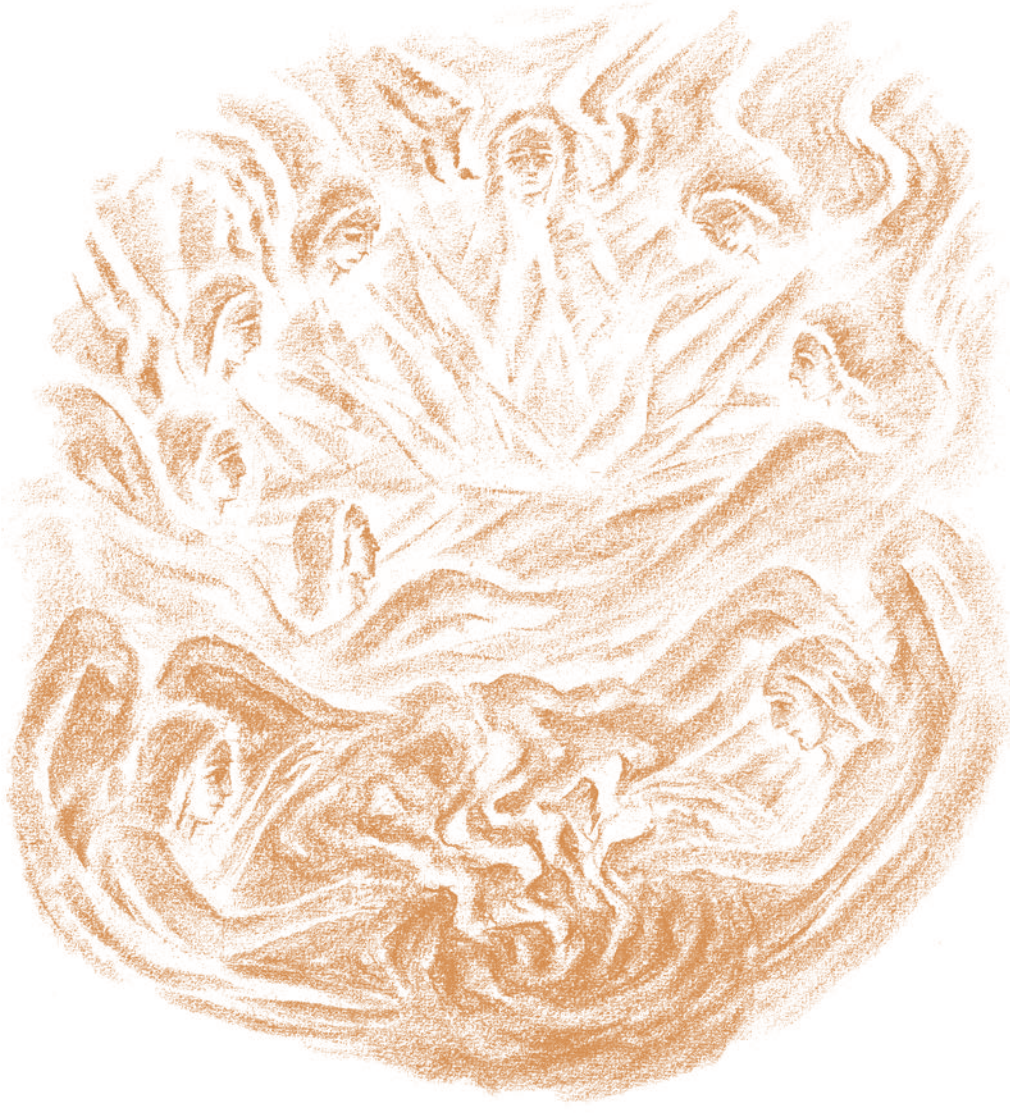
Cuando llegó a la cicatriz, ya se podían ver una enorme pata con horribles garras y los cuernos escamosos de la cabeza del dragón. De la espada de Miguel cayó un rayo. Forzando al dragón bajo sus pies, Miguel lo atravesó con su espada. Los espíritus malignos avanzaron revoloteando como murciélagos. El dragón se hundió en las profundidades y tosió por última vez. Su alma salió arrastrándose y gimió lastimosamente. Miguel gritó hacia las profundidades: "¡Espíritus malignos! ¡Permaneced abajo! Quizás en tiempos futuros Dios Padre os dará la oportunidad de reparar lo que habéis hecho".

Los espíritus malignos gruñeron y después callaron, porque Dios Padre había abierto la puerta del cielo. Él dijo: "¡Espíritus de las profundidades! ¡Queríais fundar vuestro propio reino! Ahora lo tenéis y debéis permanecer abajo. ¿Me obedeceréis?"

Rechinando los dientes contestaron: "Sí". Entonces la puerta del cielo se cerró. Así hubo un mundo superior y un mundo inferior.

El primer día de la Creación

Al estar Dios Padre sentado en su trono, pronunció siete palabras a través de los cielos. Los siete colores del arco iris aparecieron y brillaron en siete círculos alrededor de su trono. Los ángeles se quedaron atónitos ante la bella y poderosa luz.



El arcángel Rafael dijo: "¿Tejemos un manto de los siete colores para Dios Padre?"

El arcángel Gabriel respondió: "¡Quizás podríamos construir una nueva sala de esta luz!"

Orifiel dijo: "Los colores podrían ser siete pasos hacia el trono de Dios". El arcángel Miguel guardó silencio, a la espera de la señal de Dios Padre, que mostraría lo que debía hacerse.

Entonces sucedió algo maravilloso. Detrás del arco iris, unos majestuosos ángeles de fuego levantaron una gran cortina de nubes, revelando un sala del cielo que nunca se había visto antes. En el vestíbulo había miles y miles de almas dormidas, tan innumerables como las estrellas del cielo. Y Dios dijo a los ángeles: "Estas son almas humanas dormidas. ¿Queréis ayudar a crear un mundo medio, donde pueden despertar y vivir?"

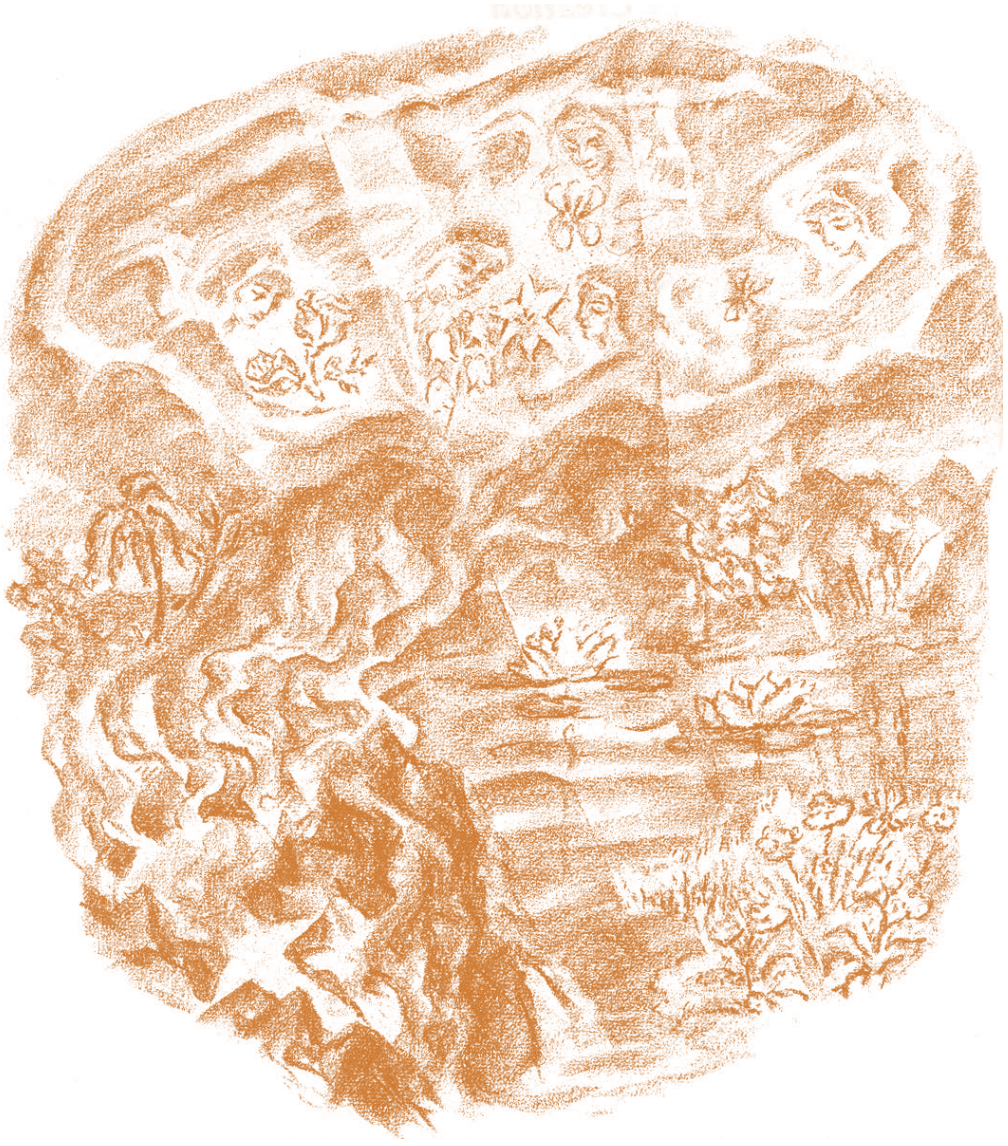
Los ángeles respondieron con un jubiloso "¡Sí!"

Los ángeles de fuego bajaron la cortina y abrieron la puerta del cielo. Afuera hacía frío y estaba oscuro, desolado y vacío. Entonces Dios Padre habló y su voz resonó en la oscuridad: "¡Hágase la luz!"

La luz comenzó a brillar, resplandecer y destellar intensamente. La oscuridad se retiró a las profundidades. Los ángeles de fuego arrancaron llamas de sus prendas y el nuevo mundo se templó. Borboteó y resplandeció y destelló. Los truenos retumbaron con tal estruendo que los espíritus malignos de las profundidades se acurrucaron asustados. Por encima de ellos los ojos de los ángeles, como un millar de soles, destellaban con la intensa luz del primer día de la creación.

El segundo día

En el segundo día Dios Padre dijo: "¡Creemos el aire!", pues no había, hasta entonces, aire en el mundo. Los ángeles de aire rodearon a Dios Padre. Comenzaron a soplar y mover sus poderosas



alas. Pero cuando el aire avivó el fuego resplandeciente de la tierra, éste parpadeó y destelló. Estallaron enormes tormentas de fuego que giraban en remolinos y rugían en medio de una gran confusión. Muchos ángeles se vieron arrastrados por los torbellinos y remolinos de aire, y necesitaban ayuda. Entonces llegó una multitud de ágiles y ligeros ángeles, que empujaron hacia abajo todo lo que era pesado. Abajo era como un océano de fuego; arriba, como un océano de aire y luz. Así, en el mundo surgieron un arriba y un abajo. Pero las almas humanas detrás de la cortina de nubes aún no sabían que se estaba creando un nuevo mundo para ellas. Aún dormían profundamente.

El tercer día

En el mundo de aire y fuego, el viento levantaba tormentas de fuego en grandes remolinos. "Hagamos que el mundo se enfríe", dijeron los ángeles. Con la ayuda de Dios, crearon el agua, que fluyó en el mundo.

Desde las llamas se oyeron unas voces: "Agua, ¡vamos a hervirte!" Y hubo un tremendo burbujeo y borboteo y siseo.

Dios Padre dijo: "¡El agua debe existir por sí sola, y el fuego también!" Los ángeles hicieron que el agua se precipitase a las profundidades y la ardiente luz a las alturas. En las profundidades, las aguas se acumularon y se convirtieron en el mar. Bajo el mar, se formó un terreno firme. Esta fue la primera tierra, pero estaba bajo el agua.

Y Dios dijo: "¡Créense las plantas verdes!" Los ángeles de las plantas llegaron y crearon las primeras plantas verdes en el agua. A medida que las plantas crecían desde el oscuro fondo, anhelaban la luz. Crecieron cada vez más altas, llegando finalmente a la superficie del agua. Un ángel vio los tallos verdes que crecían fuera del agua.

Tomó luz celestial y formó una corona blanca. Colocó esto sobre la parte superior del tallo. Esto se convirtió en el nenúfar.

Mientras el ángel creaba esta flor maravillosa, un flamante ángel de fuego pasó volando. Rápidamente el ángel del nenúfar cubrió la flor con su ala, para que el calor no pudiera quemarla. El ángel de fuego dijo: "¿Qué escondes? Aquí no se puede ocultar nada. ¡No se puede!" "Tengo miedo de que lo quemes si te lo enseño", dijo el ángel de las plantas. "No, no voy a quemar algo bello; ah", exclamó el ángel de fuego, "¡qué bella corona estrellada! El fuego no la dañará". Poco después, muchas de estas flores adornaban el mar.

El ángel de las plantas pensó: "Si hubiera suelo firme sobre el agua, entonces podría plantarse un magnífico jardín de tierra". Voló hacia arriba al trono de Dios Padre.

Unos ángeles majestuosos custodiaban el trono y los rayos destellaban de sus prendas. Uno de ellos gritó con voz atronadora: "¿Qué busca aquí un ángel de las plantas?"

"Tengo que pedir algo a Dios Padre. No sé cómo continuar mi trabajo en la tierra", respondió el ángel de las plantas. Lo dejaron pasar. El ángel de las plantas preguntó: "¿Puedes, Dios Padre, elevar la tierra fuera del agua? A los ángeles de las plantas nos gustaría dejar que las hierbas y las flores crezcan al aire".

Y Dios dijo: "Compartes mis pensamientos. Así será". Con su mano derecha presionó en las profundidades del océano. A cada lado, surgieron colinas y montañas, así como arroyos y riachuelos. Y de la Palabra de Dios Padre, los ángeles de las plantas crearon las hierbas, las flores y los árboles de la tierra.

El cuarto día

Los ángeles caídos de las profundidades observaron que algo nuevo se estaba creando por encima de ellos. Una y otra vez, el mundo medio resonaba con gran estrépito y estruendo. "¿Qué están haciendo ahí arriba?", se preguntaban unos a otros. Lucifer envió mensajeros, pero no pudieron acercarse al mundo flamante y resplandeciente porque la luz les causaba dolor. Desde la distancia, podían ver el centelleo, como de flores, estrellas y soles en miniatura. Las luces destellaban y se desvanecían en un majestuoso juego de colores.

De todo ello los mensajeros informaron a Lucifer, quien se dijo: "Tal vez más adelante, también nosotros podamos ayudar a construir este mundo y mostrar lo que podemos hacer".

En ese momento la brillante luz del sol y las estrellas aún estaba dentro de la tierra. A menudo soplaban tormentas y fuertes torbellinos. Las plantas no podían prosperar y crecer en paz.

Entonces Dios dijo: "¡Resplandeced, oh luces en el firmamento!" Los grandes ángeles de luz reunieron la luminosidad ardiente del mundo hasta que hubieron formado un enorme sol. Con un poderoso impulso, llevaron el sol al cielo. La luz que los ángeles más pequeños reunieron fue transformada en estrellas. Estas también se elevaron en los cielos. Luego, con un gesto poderoso, Dios Padre puso el sol en movimiento. Con otro movimiento las estrellas iniciaron su trayectoria.

Así comenzó su curso celestial, y desde entonces existe el día y la noche. Es así como la tierra se templó. Las plantas pudieron crecer libres del calor y los torbellinos. Entre ellas existía el orden. Con sus raíces atrapaban el suelo firme. A partir de entonces, las flores

miraban hacia arriba, al sol y las estrellas. Miraban a la luz radiante, a sabiendas de que el sol era su madre y las estrellas sus hermanos y hermanas. Cada flor tiene su estrella en el cielo.

Sin embargo, la tierra se volvió cada vez más fría. El suelo se volvió duro. Muchos ángeles dijeron: "Si esto continúa, pronto no crecerán más plantas".

Entonces Dios dijo: "Tomad de la tierra todo lo que sea duro, firme y frío. Crearemos otra luz celestial, la luna". Los ángeles cumplieron la Palabra de Dios y con Su fuerza, levantaron la luna de la tierra y la colocaron en los cielos. Esta fue la última luz celestial que se creó. El sol proporciona luz y calor a la tierra, dando vida a todas las cosas sobre ella. La luna es un mundo frío y sin vida que hace que la tierra se endurezca aún más.

Edelweiss y las flores de la montaña

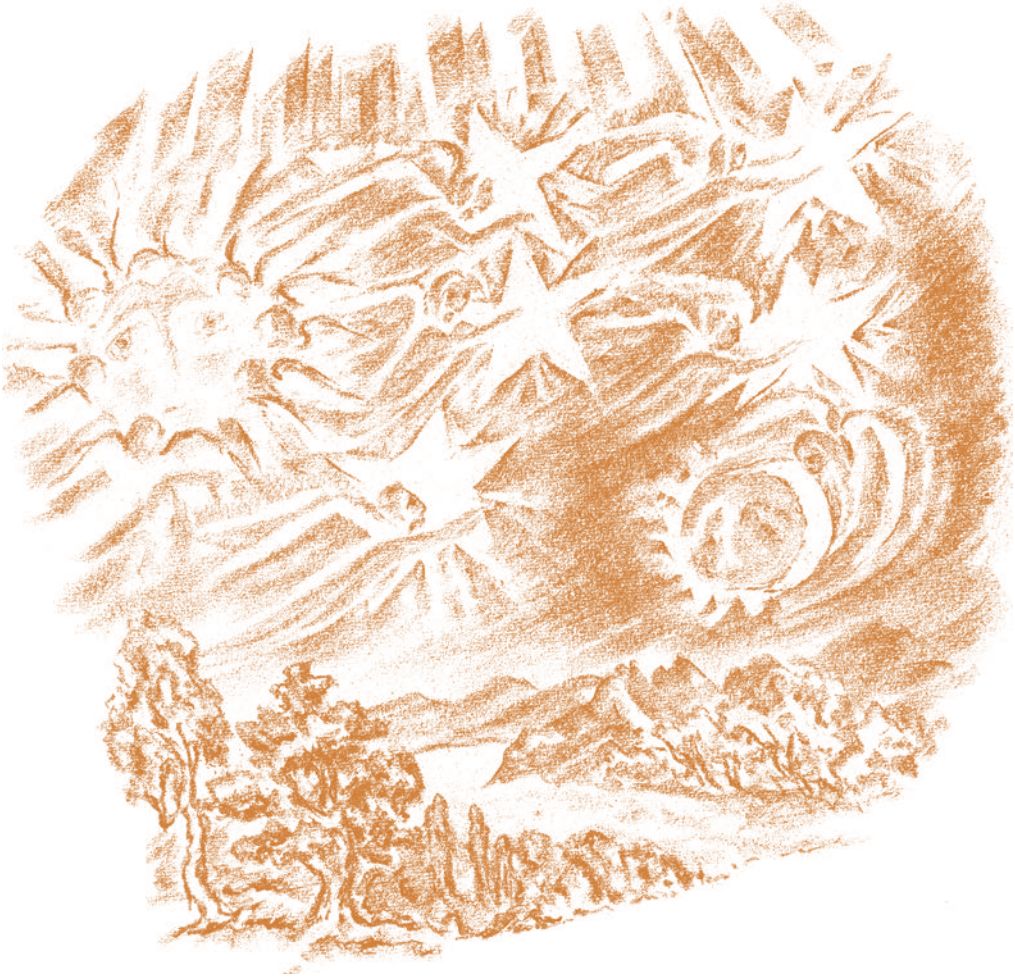
Al final del cuarto día de la Creación, Dios Padre miró a la tierra desde una nube celestial. A su lado había muchos ángeles. Vio las plantas verdes y floridas, y alabó a los ángeles que habían ayudado a cubrir la tierra con tan hermosa túnica. La nube flotó hacia las montañas, pero allí, los prados, las flores y los árboles no crecían tan bien. En las montañas solo se podían encontrar arbustos y hierbas bajas, así como rocas duras y frías. Entonces los ángeles más jóvenes clamaron: "Dios Padre, ¿podemos ir a la tierra una vez más y crear flores aquí también?"

Dios respondió: "Id y continuad tejiendo la prenda para la tierra".

Cuando la hueste de ángeles jóvenes llegó a las rocosas montañas, la luz del día se desvanecía. El sol casi se había puesto. "No podemos crear nada verde", lloró un ángel. "Sin la luz del sol,

no es posible". En el cielo del atardecer, vieron el pálido resplandor de las estrellas y dijeron: "Creemos flores con la luz de las estrellas". Sus manos delicadas guiaron la luz de las estrellas hacia la tierra. Brotaron hojas plateadas y se organizaron en forma de estrella. De esta manera se creó el edelweiss, o flor de las nieves.

Cuando el cielo azul claro brilló sobre las montañas a la mañana siguiente, los ángeles crearon la genciana, y hasta la fecha la genciana es de color azul cielo. Del rojo del amanecer y el atardecer hicieron la rosa alpina.



Algo sobre plantas venenosas

El sol habló a las flores: "Abrid bien vuestras copas durante el día para que podáis beber mi luz. Y cerradlas por la noche. La buena luna y las estrellas vigilarán. Pero cuando las nubes densas oculten la luna y las estrellas y no brille ningún rayo de luz, entonces no abráis vuestras copas, para que no sufráis ningún daño. Los espíritus de las tinieblas buscan traer el mal a la luz de la Creación".

Una noche oscura como boca de lobo, un ser sombrío revoloteó sobre la tierra. Este ser maligno buscaba dañar las plantas. Acercándose a una flor de bosque, susurró con una voz falsa: "Pobre flor de bosque, qué pequeña eres. Abre tu flor para que pueda soplar en ella. Entonces crecerás y podrás florecer majestuosamente". La flor del bosque permaneció bien cerrada. El diablo susurró: "Ábrete. Es de noche y nadie lo verá. Yo te cubriré con mis alas". Lentamente la flor abrió su copa. De pronto, ¡el diablo escupió en la flor! ¡Oh, qué dolor! La planta se estremeció y todos los pétalos cayeron al suelo como si se hubieran quemado. El espíritu maligno se rió con regocijo y huyó a toda velocidad.

A la mañana siguiente llegaron los ángeles del rocío, trayendo el refrescante rocío al campo y al bosque. Uno de ellos se acercó a la flor del bosque y quedó horrorizado por lo que vio. "Flor del bosque, ¿qué ha sucedido?"

"¡Oh, levántame de raíz! ¡Arráncame!", lloró la flor. "No hice caso al consejo del sol, y abrí mi copa en la oscuridad de la noche. Me he echado a perder y sufro un dolor abrasador".

El ángel acarició sus hojas y dijo: "No voy a arrancarte. Recoge todo el jugo que te quema en una baya. En ella, mantén la savia acumulada. Tal vez algún día sea útil". Y así sucedió. Hoy esta flor de bosque se llama belladona. Florece con pétalos blancos. Sus bayas son de color negro violáceo, y venenosas si se comen, pero de ellas se pueden hacer medicamentos curativos.

Por qué las rosas tienen espinas

Otra noche, un espíritu maligno corrió y se acercó a un rosal. Un bello rosal rojo estaba en flor. Al atardecer, la rosa había cerrado sus pétalos, pero su fragancia aún perfumaba el aire de la noche. Esta fragancia irritaba tanto al espíritu caído que se vio obligado a estornudar a conciencia varias veces. Increpó: "Cómo apesta esta flor; ¡me gustaría destrozarla con mis garras!" Entonces contuvo la respiración, se acercó a la flor y susurró: "Oh rosa, abre los pétalos. ¡Respiraré sobre ti y tendrás una fragancia más dulce!" La rosa permaneció en silencio, con sus pétalos bien cerrados.

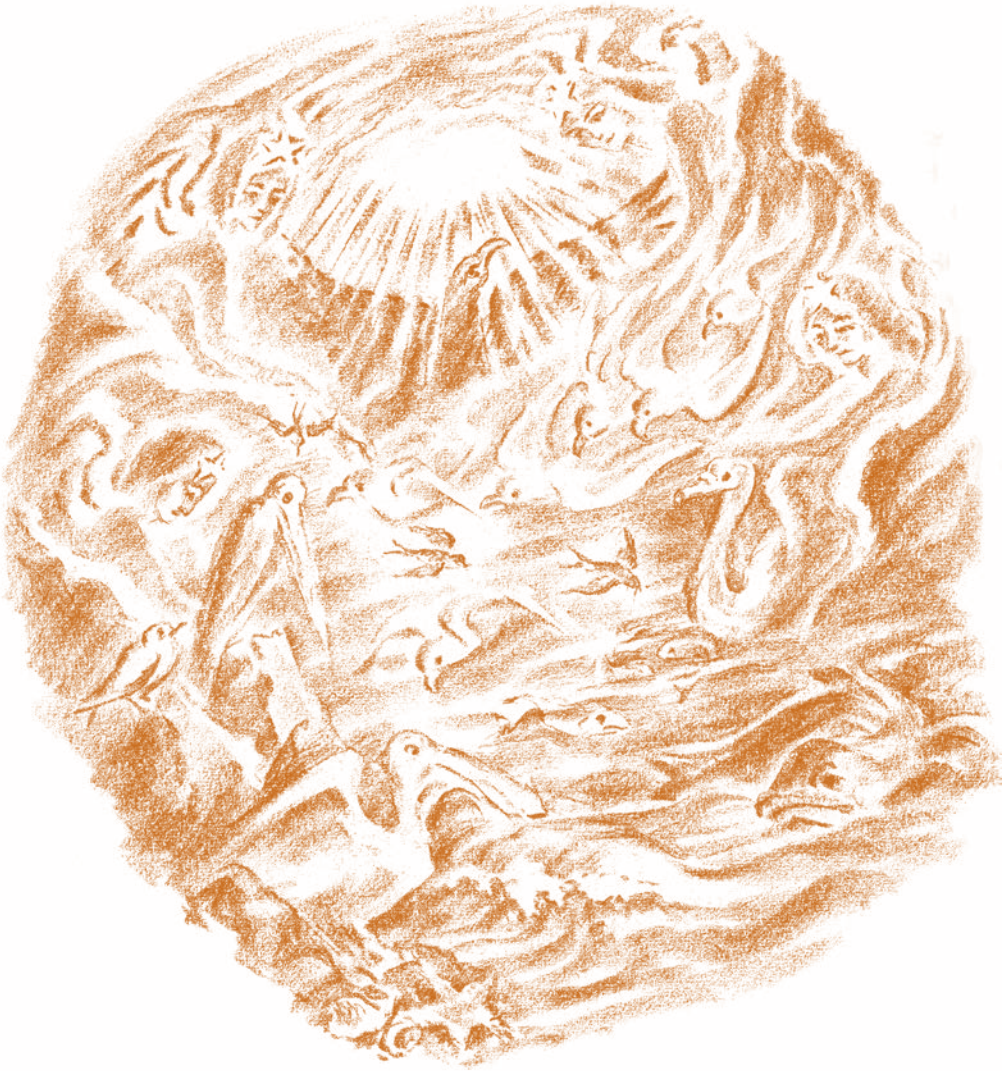
El maligno susurró de nuevo: "Rosa, abre tus pétalos. Respiraré sobre ti y te convertirás en un gran árbol. Si no, siempre serás un pequeño arbusto". Aún así, la rosa mantuvo sus pétalos bien cerrados. Entonces, de repente, el espíritu se enojó y tiró del tallo de la rosa con sus garras. Sacudió y agitó el tallo con furia. Cuando vio que no podría conseguir hacer más daño, desapareció.

La rosa sufrió terribles dolores en la parte del tallo que había sido destrozada por las garras del diablo. Amaneció. Las heridas sanaron, pero quedaron cicatrices que se convirtieron en puntiagudas espinas. Un ángel de luz que pasaba dijo a la rosa: "Alégrate de tus puntiagudas espinas. Son un recuerdo de tu firmeza". Desde entonces, las rosas tienen espinas.

El quinto día

Y Dios dijo: "Está tan tranquilo todo en la tierra. Creemos animales". Gritó hacia el mar: "Peces en el agua, ¡cobrad vida!" En las profundidades del mar, la vida comenzó a agitarse. Primero los ángeles crearon los mariscos en el fondo. Unieron dos conchas para que algo viviera entre ellas. Estas eran las almejas, que dormían y dormían en el fondo del mar. Los ángeles continuaron moldeando y dando forma. Crearon criaturas con pequeñas alas de agua y

escamas plateadas; estos fueron los peces. No se les dio párpados y hasta la fecha duermen con los ojos abiertos. Se crearon peces cada vez más grandes. Aparecieron los tiburones, las ballenas y los delfines. Muchos saltaban en el aire, para luego sumergirse en el agua de nuevo. Se podían ver peces de colores brillantes, truchas arco iris y muchos otros peces de colores maravillosos reluciendo a través de las aguas.



Y Dios gritó hacia el aire: "Pájaros, ¡volad y celebrad en el aire!" Entonces los ángeles crearon el 'pez del aire'. Los cuerpos eran más pequeños y las alas más grandes que las de los peces del agua. En lugar de escamas, tenían plumas suaves y de colores.

Los peces en el agua alzaron la vista a los pájaros y dijeron: "Nosotros también queremos volar", y dieron grandes saltos fuera del agua.

Algunas aves miraron a los peces y dijeron: "Podemos nadar", y se posaron en el agua. Eran los gansos, patos y cisnes. Las golondrinas construyeron sus nidos en las rocas y los árboles, y los herrerillos construyeron los suyos en los arbustos.

Un gorrión dijo a los peces: "Somos más rápidos que vosotros y trabajamos más duro. Construimos nidos, ponemos huevos y los incubamos. Entonces, pío pío, ¡y los pajaritos salen de los huevos!"

Pero los peces estaban contentos de ser peces. Un pez dijo a un gorrión mientras estaba bebiendo agua: "El agua sostiene mejor que el aire. Tienes que aletear constantemente o te caerás. Cuando los peces comprimimos el vientre, que contiene la vejiga natatoria, vamos hacia abajo. Si nos relajamos, ¡vamos para arriba!"

En el radiante sol de la mañana, cuando los pájaros se elevaban en el aire, podían oír cómo los ángeles de Dios cantaban y hacían música. Intentaron cantar las canciones celestiales y celebrar como los ángeles. Es así como los pájaros aprendieron a cantar. Muchos han olvidado sus canciones a excepción de unas pocas notas: pío-pío o tuit, tuit. Aquellos que no volaban a la luz del sol cantaban: ¡coo-coo o uh-uh! Y así pasó el quinto día.

El sexto día

Cuando los ángeles del rocío llegaron al prado a la mañana siguiente, preguntaron a las flores por qué estaban tan tristes. Las flores respondieron: "Los pájaros no nos prestan atención. No nos visitan sino que simplemente pasan corriendo. Estamos enraizadas al suelo y solo podemos mecernos suavemente con el viento".

Los ángeles del rocío informaron de esto a Dios Padre. Dios Padre les hizo un regalo de una nube de muchos colores y dijo: "Llevadla a la tierra y allí levantad el velo de la nube". Los ángeles del rocío llevaron la nube a la tierra. Alto en el aire levantaron el velo y miles de mariposas salieron revoloteando.

Cuando las flores vieron esto, se regocijaron y dijeron unas a otras: "¡Mirad! ¡Niños ángeles! Mirad a los pequeños hermanos celestiales. Sus alas son como pétalos". Las flores parecían atraerlas. Las mariposas revolotearon a las flores. Acariciando las flores, pidieron miel. Las flores con mucho gusto les dieron el dulce néctar. Las mariposas a su vez contaron a las flores los milagros del cielo.

En los bosques y entre las hierbas había muchas flores que las mariposas no podían alcanzar. Estas plantas hablaron de su soledad con los ángeles del rocío. "Las mariposas no se acercan a nosotras. Estamos abandonadas y solas". Por tanto, Dios Padre hizo un regalo de otra nube celestial, que era de un color ligeramente marrón. Cuando se apartó el velo, salieron volando enjambres de abejas que zumbaron y se dispersaron por toda la tierra. Sin embargo, las abejas reina se sentaron cada una en una rama y silbaron suavemente. Aunque el silbido de las reinas era suave, cada familia de abejas se reunió en torno a su reina. Buscaron hogares en árboles huecos o en el suelo y allí construyeron sus colmenas. Desde ese día, incluso las flores más pequeñas y escondidas tuvieron visitantes.

Una vez, una abeja y una mariposa se encontraron por casualidad sobre una flor. Con compasión, la mariposa dijo a la abeja: "¿No tenía

Dios Padre más colores para ti? Eres tan marrón como la madera y tus alas son tan lastimosamente pequeñas. ¿Cómo puedes volar con ellas?"

La abeja sonrió y dijo: "¿Ves la pequeña nomeolvides en la hierba? Vuela a ella y vuelve. Yo esperaré". ¡Ay, pobre! Las alas de la mariposa quedaron atrapadas en la hierba y la abeja tuvo que ayudar a liberarla. La abeja dijo: "Vuela conmigo al tilo". Pero cuando la mariposa llegó, la abeja ya había ido y se había marchado. La abeja se rió y dijo: "Querida mariposa, tus colores son preciosos y tus alas magníficas. Pero, ¿has entendido que no necesitas sentir lástima de mí? Dios Padre ha ordenado sabiamente todo". La mariposa se sintió avergonzada por haber hecho alarde de sus alas de colores.

Pero ¿qué hay del abejorro y su grueso abrigo de pieles? Puede volar incluso cuando hace frío. Cuando tropieza con las cosas, está protegido y amortiguado.

Y Dios Padre habló a la tierra: "Tierra, ¡tu suelo estará cubierto de animales de todo tipo!" Y junto con los ángeles, creó a los animales de la tierra. La rana vivió como pez en el agua. Le dieron pies. Perdió su cola, saltó a la orilla y croó. A otro animal se le dio una forma esbelta y pies rápidos – el lagarto. A uno se le dio una cubierta para la espalda – la tortuga. Otro llevaba su casa sobre la espalda, pero no tenía pies – el caracol. Uno vivía en las colinas y praderas, cavaba agujeros en el suelo y se sentaba – la marmota.

La montaña dijo: "Me gustaría tener animales en mis rocas". El íbice y la cabra de montaña fueron creados y fueron a vivir allí.

El bosque dijo: "Me gustaría ser el hogar de muchas especies de animales. En mí pueden cavar hoyos y construir nidos". Había ardillas, venados, conejos y zorros.

¿Quién iba a comer la abundante hierba? Vacas, ovejas, caballos y cabras. Los toros pusieron a prueba su fuerza chocando con los cuernos. Caballos de ojos ardientes corrían por las llanuras con

fuertes relinchos mientras el viento azotaba sus crines. Y así las criaturas llegaron a vivir por toda la tierra.

Antes de que Dios Padre crease a los animales, tenía en su mente una imagen del hombre. Con cada nuevo animal que se creaba, los ángeles se acercaban más a crear esta imagen. Y por eso muchos animales también tienen cinco dedos o cinco garras. Algunos de ellos, como la ardilla, el oso, el simio y la marmota, se esfuerzan por caminar erguidos como el hombre. Todos los animales se asemejan al hombre de alguna manera.

La paloma y el cordero

Un día, un espíritu maligno vio una paloma blanca como la nieve sentada sobre un árbol. Le irritaban sus plumas blancas. La llamó y la aduló: "Mi linda paloma, ¡ven y vuela hacia mí!"

"Cucurucu, ¡no me agradas!"

El espíritu malo llamó de nuevo: "Ven, paloma mía, te pintaré de muchos colores, para que no seas de un blanco tan aburrido". Se deslizó hasta el árbol y estaba a punto de subirse a él cuando la paloma extendió sus alas y se fue volando. Furioso, sacudió el árbol sobre el que la paloma había estado sentada, pero no pudo hacer ningún daño a la paloma.

Atardeció. El sol se puso tras las montañas y la mayoría de los animales se fue a dormir. Sólo un atrevido ratoncillo se deslizaba en la oscuridad. Cuando el espíritu maligno divisó al ratón, lo agarró y le dijo: "Ahora yo también haré un pájaro". Tiró de las orejas y las piernas del ratón hasta que los estiró. Luego se arrancó un trozo de piel y lo pegó a la espalda del ratón. También fijó las patas y la cola a la piel. Durante toda la noche el ratón revoloteó atemorizado de aquí para allá.

Cuando llegó la mañana, se deslizó en el rincón más oscuro de un árbol hueco. Le daba vergüenza volar a la luz cuando los otros pájaros cantaban. Así, el murciélago se convirtió en una criatura nocturna y ha permanecido así desde entonces.

Otra vez, el espíritu maligno vio un cordero en la pradera. Intentó atraerlo hacia sí, pero el cordero huyó de él. El maligno susurró con



voz disfrazada: "Si me dejas peinar tu lana con un peine de oro, ¡toda tu lana se convertirá en oro!" Pero el cordero saltó lejos.

Enojado, el espíritu maligno desapareció en el bosque. Allí encontró un perro que buscaba comida. Sacó un trozo de pan del diablo y se lo dio al perro. Cuando el perro lo había tragado con avidez, comenzó a dar fuertes aullidos. Sintió un dolor tan abrasador en su vientre que se le erizaron todos los pelos del lomo. Esta criatura se convirtió en el lobo. El espíritu maligno lo ahuyentó del bosque hacia el prado, entre los corderos. El lobo se lanzó sobre el rebaño y tomó el cordero que había huido del espíritu maligno. Solo con sangre puede el lobo calmar el dolor en su vientre.

La creación del hombre

Dios Padre contempló la tierra y dijo a los ángeles: "¡Creemos al hombre!" Y los ángeles trajeron algo de todo lo que había sobre la tierra. De las rocas hicieron los huesos, de los ríos la sangre, de las estrellas los ojos, de la tierra el cuerpo y del viento produjeron el aliento. Y Dios hizo la cabeza redonda como la luna, y los brazos, las piernas y los dedos como rayos de luz. Igual que el sol en los cielos calienta y nutre toda forma de vida, Él dio al hombre un corazón para sustentarlo.

Cuando se había creado el cuerpo del hombre, un gran ángel sacó un alma dormida de detrás de la cortina de nubes y la colocó en la mano de Dios. Entonces Dios Padre, con Su aliento de vida, infundió el alma en el hombre. Los ángeles del cielo vinieron y contemplaron esta gran maravilla. ¡El hombre había sido creado! Su nombre era Adán, que significa "hijo de la tierra". No era tan firme como lo somos hoy en día. Era angelical y caminaba sobre la tierra recién creada, velada por una nube. Cuando llegaba la noche y Adán dormía, su ángel de la guarda llevaba su alma al cielo. Así, el hombre no conocía el mal, nunca estaba enfermo y no envejecía. No conocía la muerte.

Cuando Adán caminaba sobre la tierra, su alma se llenaba de alegría. Llenos de confianza, los animales se acercaban a él y lo saludaban. Les dio nombres a todos. El águila llegó con todos los otros pájaros. El león llegó con la pantera. Llegaron cebras, jirafas, rinocerontes y camellos, y el toro, el caballo y el ciervo. Más atrás llegaron los pequeños animales, como los escarabajos y hormigas y, naturalmente, por último, el caracol. Se había apresurado, y sin embargo llegó el último.

Y Dios Padre dio un jardín al hombre. Este era el Jardín del Edén, o Paraíso. Los ángeles construyeron una cerca de luz alrededor del jardín para que Lucifer y sus malvados seguidores no pudieran perturbar la tranquila vida en el interior.

El séptimo día

Cuando todo había sido creado, Dios Padre contempló Su trabajo y vio que era bueno. Concedió el dominio de la nueva creación a los ángeles. Elohim gobernó sobre el sol y la luz del sol, la luna y las estrellas. Los querubines tenían control sobre los rayos y truenos. Las rocas, el agua, el aire y el fuego – a todos se dio un soberano. También las plantas y los animales tuvieron sus señores celestiales.

Era un orden divino que Dios Padre hizo para el mundo medio. Pero, una y otra vez, los espíritus se elevan desde el mundo inferior y se esfuerzan por derribar el Reino de Dios o dañarlo de alguna manera. Ese es el mal en la tierra. Para que el hombre estuviera protegido del mal, Dios Padre le dio el Paraíso. El hombre no debía conocer la maldad en el mundo. Adán debía vivir una vida eterna sin conocer la pena, la enfermedad o el dolor. Sin descanso, los ángeles descendían a la tierra y subían hacia el cielo de nuevo, llevando la luz divina al hombre.



En el Paraíso

Una vez, mientras estaba de pie junto al agua observando los peces, Adán contempló su reflejo. Pensó: "Oh, ojalá tuviera un amigo, para no estar tan solo".

Durante la noche, cuando su ángel llevó su alma al cielo, Dios Padre leyó el deseo de Adán. Entonces Dios creó una compañera para Adán. Cogidos de la mano, como hermano y hermana, pasearon por el Jardín del Edén. Adán le mostró todas las maravillas de la Creación. Cuando ella vio la belleza de todas las cosas, exclamó: "¡Eh!" y "¡Ah!" Por consiguiente, Adán la llamó "Eva".

Dios Padre les mostró un árbol en medio del jardín y dijo: "Podéis comer el fruto de todos los árboles en el jardín, menos de este. Es el Árbol del Conocimiento. De su fruto no podréis comer".

En aquel entonces, los seres humanos comían solo fruta. No existía el invierno; siempre hacía calor. Los árboles tenían flores y frutos al mismo tiempo. Todos los animales eran confiados y mansos. Adán y Eva los acariciaban, y los animales venían a comer de sus manos. Los pájaros comían las semillas que se esparcían y volaban en círculos por encima de sus cabezas. Reinaba tal alegría y paz en el jardín que Adán y Eva ni siquiera miraban al árbol prohibido.

Los ángeles habían hecho una cerca de rayos de luz alrededor del jardín, para que Lucifer no pudiera entrar. Todos los días la revisaban para asegurarse de que no había ningún resquicio. Una vez cuando Adán y Eva paseaban por el jardín, llegaron junto a la cerca y oyeron un ruido extraño. En ese mismo momento un espíritu maligno estaba intentando atravesar la cerca de luz, pero no lo consiguió. El espíritu maligno vio a los dos seres humanos e informó a Lucifer de lo que había visto. A partir de ese momento, Lucifer reflexionó sobre cómo podría entrar en el Jardín del Edén.

Cada vez que Adán y Eva comían del fruto del Árbol de la Vida se sentían revitalizados y oían la música de los cielos. De vez en cuando

se sentaban sobre el lomo de un caballo o de un ciervo y cabalgaban a los Cuatro Ríos. Allí metían los pies en el agua, mientras los peces los acariciaban o saltaban en arcos plateados por el aire. Las mariposas se posaban en sus manos y hombros o incluso en sus cabezas. Era como si llevaran coronas de flores en el pelo.

La caída

Igual que en nuestros días la serpiente vive en setos y cercas, le gustaba arrastrarse a lo largo de la cerca que rodeaba el Paraíso. Sucedió que Lucifer vio a la serpiente tendida cerca de la valla. Se acercó sigilosamente y le susurró: "¡Serpiente! ¡Serpiente! ¡Ven conmigo! ¡Tengo algo que decirte! Mira las bellas alas de los pájaros. ¿Tú qué tienes? ¡Dios no es justo! Mira: los ciervos tienen largas patas, pero tú tienes que arrastrarte por el suelo. ¡Ven conmigo! Yo te ayudaré a mejorar tu suerte".

Al principio, la serpiente dudó, pero luego se deslizó a través de una estrecha grieta. Lucifer dijo: "Abre la boca y me meteré en tu cuerpo. Entonces podré transformarte". Lucifer se metió en la serpiente, ¡y de inmediato la serpiente comenzó a brillar de muchos colores!

Lucifer le susurró: "Deslízate al Paraíso. Allí puedo transformarte aún mejor". Condujo a la serpiente al centro del jardín hacia el Árbol prohibido del Conocimiento y susurró: "¡Métete sigilosamente en el árbol!" Entonces la serpiente se enrolló al tronco y las ramas.

No mucho después, Adán y Eva pasaron por allí. Se sentaron al lado del Árbol del Conocimiento y escucharon la música de los ángeles, que resonaba desde el cielo. De pronto una voz extraña llamó: "¡Eva, Eva!" Asombrada, y un poco asustada, Eva fue a ver quién la había llamado. La voz continuó: "¡Eva! ¡Esta hermosa manzana! Tómala. Una manzana de este árbol es mejor que la de cualquier otro. Si comes de este fruto, sabrás lo que son el Bien y el

Mal. Serás como Dios". Eva tuvo miedo y quiso apartarse, pero la serpiente hablaba y hablaba, y la persuadía y engatusaba: "¡Tómala, tómala! Nadie lo verá".

Eva pensó: "Podría probar solo un pequeño mordisco". Alcanzó una manzana y la mordió. Luego se la dio a Adán. ¡Ay, pobres! La nube que los había rodeado desapareció. Su paso se hizo tan pesado que apenas podían levantar los pies. Los pájaros se elevaron con inquietud en el aire. Un fuerte viento comenzó a soplar y los animales salieron corriendo, confundidos. Temblando de miedo, Adán y Eva se escondieron detrás de los árboles.

Los truenos retumbaban y los relámpagos de los querubines destellaban a través del cielo. Entonces resonó la voz de Dios Padre: "Adán, ¿dónde estás?" "Aquí estoy, detrás del árbol".

"¿Por qué te escondes?"

"Estoy avergonzado, oh Dios Padre, porque estoy desnudo".

Entonces Adán y Eva tuvieron que salir y Dios Padre dijo con voz potente: "Puesto que has comido del Árbol del Conocimiento, debes abandonar este jardín celestial. Debes ir a la tierra. Allí trabajarás y te esforzarás con el sudor de tu frente. Conocerás la enfermedad y la muerte".

Cuando Dios Padre hubo pronunciado estas palabras, apareció un poderoso ángel de fuego. Con su espada en llamas, expulsó a Adán y Eva del Paraíso. Los animales lloraban lastimeramente y los seguían con paso pesado. El viento gemía tristemente entre los árboles. Las flores colgaban sus flores y los ángeles lloraban.

El arcángel Miguel y sus leales seguidores preguntaron a Dios Padre: "¿Podemos seguir siendo ángeles de la guarda en la tierra?" Dios Padre concedió este deseo, o de lo contrario el hombre habría estado perdido para siempre. Sin embargo, los querubines cerraron la puerta del Paraíso con sus espadas de fuego y se pusieron delante de ella como guardianes.

En la tierra

Miguel acompañó a Adán y Eva a la tierra. Por la noche hacía frío. Temblando de frío, Adán y Eva construyeron una pequeña cabaña con los arbustos e hicieron prendas con las hojas. Recolectaban bayas para comer. Mientras Eva recogía fresas, de repente dio un grito desgarrador. ¡La había asustado una serpiente! Los lobos aullaban durante la noche. Las lechuzas de ojos brillantes ululaban y los murciélagos de alas correosas chillaban mientras volaban. Adán y Eva tenían miedo de salir de su cabaña.

Al día siguiente, el segundo día en la tierra, Adán pisó una espina, y la humanidad derramó las primeras gotas de sangre. Encontró corteza de árbol y la ató a sus pies para protegerlos. El suelo en la cabaña era duro para dormir, por lo que Adán y Eva reunieron musgo de las piedras e hicieron la primera cama. Adán encontró un árbol repleto de bellas manzanas maduras. Pensó: "¡Quizás a Eva le gustaría comerlas!"

Cuando le dio las primeras manzanas de la tierra, Eva se acordó del Jardín del Paraíso perdido y comenzó a llorar. Esas fueron las primeras lágrimas de la tierra. Estas manzanas no sabían tan bien como la fruta del Paraíso. Después de comerlas, Adán y Eva ya no podían oír la música celestial o las voces de los ángeles.

Una noche, Miguel fue con Adán y Eva para consolarlos.

"No habéis perdido el cielo por completo. Orad a Dios. Entonces el hilo de luz, que une vuestras almas con el cielo, no se romperá. Por la noche este hilo os atrae hacia la luz celestial". Desde entonces, la humanidad ha orado a Dios. Y el ángel enseñó a Adán a hacer un sacrificio. A través del fuego y el humo Adán pidió que la Luz de Dios brille en los corazones humanos.

Los Hijos de Caín

Caín y Abel

Cuando Adán y Eva habían vivido en la tierra durante un tiempo, Eva dio a luz a un hijo. Se llamaba Caín. Eva dijo a Adán: "Mira a este niño. Dios me lo ha dado y lo ha puesto a mi cuidado. Seré una buena madre para él".

Adán tomó al niño en sus brazos y dijo: "¡Mira, Eva! ¡El fuego del cielo brilla en sus ojos! Su alma pasó por la puerta en llamas del Paraíso antes de nacer".

Caín tenía un alma fuerte y fogosa. Creció hasta hacerse alto y robusto. Incluso las bestias salvajes huían de él. Caín gritaba de alegría cuando centelleaban los relámpagos y retumbaban los truenos. ¡Intentaba atrapar los relámpagos! Cuando caminaba, la tierra temblaba bajo sus pies.

Al cabo de un tiempo, Eva dio a luz a otro hijo, al que llamaron Abel. Era muy diferente a Caín. Abel era amable y delicado. Eva dijo a Adán: "Mira, Adán. Todo el esplendor de los cielos está en sus ojos. Su alma debe haber atravesado las estrellas antes de nacer". Abel tenía un alma suave y amable. Su cuerpo se desarrolló ligero y frágil. Abel se hizo amigo de las ovejas en el prado. Jugaba con ellas y se convirtió en su pastor.

Una vez Caín trajo a casa un palo de madera, en el que había encajado una piedra plana. "¡Padre, he descubierto algo!", dijo. "Puedo remover la tierra con él. Voy a llamarlo azada". Cavó hoyos en el suelo y en ellos plantó pequeños árboles. A Caín le encantaba escardar la tierra con su nueva herramienta. Cuando encontraba un

árbol que le gustaba, lo arrancaba de raíz y lo plantaba en el campo. Con su azada hacía surcos en la tierra y esparcía las semillas.

Abel amaba las flores. Las enrollaba en guirnaldas y se las ponía en la cabeza. Se humedecía los dedos y los extendía para las mariposas, que se sentaban confiadamente sobre ellos. Los pájaros eran sus amigos.

Una vez, la piedra en la azada de Caín se rompió. Se metió en el lecho del arroyo para encontrar otra. Hizo crujir las piedras entre sí hasta que se partieron. Eligiendo la pieza más afilada, la encajó en el mango de la azada. Abel vio esto y dijo: "Querido hermano Caín, estás cubierto de polvo y tierra". Entonces, Caín se lanzó a la corriente ¡y nadó hasta la otra orilla! Caín nunca aprendió a nadar; sabía hacerlo desde el principio.

Caín ayudó a Abel a construir un redil para las ovejas. Clavó postes en la tierra, mientras Abel los entrelazaba con flexibles ramas de sauce. Por la noche Abel trajo las ovejas a este redil para que pudieran estar a salvo de los animales salvajes.

Lo que Caín y Abel soñaron

Cuando Caín y Abel se despertaban por las mañanas, se contaban sus sueños. Caín dijo: "Pasé por rocas y grietas, cada vez más profundo en la tierra, hasta que llegué al fuego. En este fuego encendí una antorcha, y la traje a la superficie de la tierra. Con este fuego, iluminé la oscuridad de la noche".

Abel dijo: "Entré con los ángeles al Paraíso y busqué fruta dorada, pero no pude encontrar ninguna. En el medio del jardín vi una nube. Se levantaba por encima del jardín y brillaba como el sol de la mañana. ¡Detrás de la nube estaba el árbol que da fruta dorada!"

Caín vence al lobo

Una mañana, Abel fue a ver a sus ovejas. Vio sangre en el suelo cerca del redil y mechones de lana esparcidos por el suelo. Había un gran agujero donde las ramas de sauce habían sido arrancadas de la valla. Durante la noche un lobo había venido y matado a una oveja. Llorando amargamente, Abel mostró a Caín lo que había sucedido. Los ojos de Caín se encendieron de ira. Pronunció palabras amenazadoras contra el lobo. "Vas a ver, miserable bestia. No descansaré hasta que te haya encontrado y castigado".

Abel se metió en el redil donde las ovejas se acurrucaban temblando en un rincón. Las acarició y consoló. Caín arrancó una estaca y corrió hacia el bosque. Se deslizó en la maleza y escuchó con atención. De pronto oyó un ruido. Venía de detrás de unas rocas altas. Con atenta mirada, se deslizó más cerca. Levantando la cabeza con precaución por encima del borde de las rocas, vio una cueva. Delante, una madre osa estaba jugando con sus cachorros. "Eres demasiado marrón", murmuró y siguió arrastrándose. Un pájaro carpintero martilleaba sobre un tronco de árbol. "Golpea la madera muy bien", dijo Caín con los dientes apretados. "Pero yo golpearé con más fuerza".

Empezó a caer la noche. Caín no había encontrado al lobo. Se sentó a descansar bajo un árbol, pero el cansancio lo venció, y pronto se quedó dormido. Después de un rato, una sombra se acercó. Era el lobo. La bestia levantó el hocico, olfateó el aire y se dirigió furtivamente hacia Caín.

Sin darse cuenta el lobo golpeó algunas hojas con su cola. Caín se despertó frente a unos ojos amenazadores. Levantándose de un salto, lanzó su estaca pero falló. El lobo escapó. Frustrado y enojado, Caín regresó a casa.

Decidió pasar la noche en el redil, porque la cerca no había sido reparada. Dijo a Abel: "Si viene el lobo, ¡lo estrangularé!" Las ovejas

daban vueltas nerviosamente y no se acostaron hasta bien pasada la medianoche. Salió la luna, pero Caín no se durmió. Una lechuza ululó en el bosque, pero Caín no se durmió. Se asomaba a la noche entre las ramas de sauce para que no se le escapara ninguna sombra. ¿Qué fue eso? Algo se arrastraba sigilosamente por el borde del bosque. De vez en cuando se detenía, se agachaba y se acercaba. Caín no se durmió. El lobo se acercó al redil. Finalmente, metió su codiciosa cabeza por la cerca. Caín lo agarró y sujetó. Las ovejas balaban frenéticamente, pero Caín sujetó al lobo con firmeza y lo estranguló hasta matarlo.

Cuando Abel se despertó por la mañana, se apresuró al redil. Caín no estaba allí, y felizmente, no faltaba ninguna oveja. Entonces vio a Caín, que venía del bosque. A lo lejos, gritó a Abel: "Tiré el lobo al precipicio en el bosque. Tus ovejas están a salvo".

Abel reparó la valla. Ese día casi temió a su hermano, que había matado a un lobo con sus propias manos y lo había arrojado a un precipicio.

Cuando Eva lloró

Una tarde, Adán y Eva estaban sentados al lado de su cabaña, esperando a sus hijos. Caín vino caminando por el campo, cargado con unas manzanas de color amarillo dorado que había recogido. Las puso en el regazo de Eva. Eva tomó una de las manzanas. Mientras la miraba, las lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas. Sobresaltado, Caín preguntó: "Madre, ¿por qué lloras?" Ella no respondió.

Entonces Abel se acercó y le preguntó con tristeza: "Madre, dinos, ¿por qué te hacen llorar estas hermosas manzanas?"

Hablando suavemente, Eva comenzó: "Unas manzanas como estas, solo que mucho más hermosas, crecían en los árboles del Paraíso. Vuestro padre y yo vivíamos allí como los ángeles. Podíamos

comer de todos los frutos del jardín. Solo el árbol que se encontraba en el centro del jardín nos estaba prohibido. Lucifer, el espíritu maligno, nos convenció para tomar y comer una manzana de ese árbol. Dijo: 'Seréis como Dios' . Nos dejamos engañar por él, y por ese acto, ¡perdimos el Paraíso y sus frutos celestiales!"

Caín preguntó: "¿Dónde está el Paraíso? ¡Lo encontraré y abriré sus puertas!"

Eva respondió: "Ningún hombre lo encontrará a menos que Dios mismo lo llame".

Abel preguntó: "¿Cómo podemos agradar a Dios?"

Eva respondió: "Rezándole y trayendo sacrificios. El fuego y el humo pueden elevar vuestras oraciones hacia Dios Padre. Eso es lo que el ángel del Señor nos enseñó".

Caín exclamó: "Cuando estaba partiendo rocas, vi saltar chispas. Intentaré encender un fuego. ¡Te ayudaré a construir un fuego para el sacrificio!" Así, Caín encendió el primer fuego. Abel trajo leña para alimentar las llamas. Sin embargo, Caín lanzó sobre el fuego unas ramas tan enormes que se reavivó y prendió un bosque cercano. Entonces Adán le enseñó a construir un altar de piedras sobre el cual el fuego podría arder de forma más moderada.

Cómo Caín mató a Abel

Un día Abel dijo a Caín: "Traigamos una ofrenda al altar, como nuestro padre Adán nos ha enseñado".

Caín contestó: "Tú haz tu ofrenda, yo haré la mía". Caín construyó un altar con enormes rocas y amontonó mucha leña encima. El altar de Abel era pequeño, con poca leña, porque él no era tan fuerte como Caín.

"¿Qué voy a ofrecer como sacrificio?" Abel preguntó a su padre.

“Ofrece lo que más amas”, respondió Adán.

Esta respuesta atemorizó a Abel. ¡Lo que amaba por encima de todo era un inmaculado cordero blanco! En lo más profundo de su ser oyó una voz que decía: “No ofrezcas ese. Toma una oveja moteada. Cualquier oveja es suficientemente buena para Dios”.

De nuevo Abel se estremeció de miedo. ¿No era esto una voz malvada hablándole? Se dirigió al redil, tomó su cordero favorito y lo sacrificó. Caín trajo frutos del campo para poner sobre su altar y encendió la llama. Abel tomó unas brasas del altar de Caín para encender su fuego. En reverencia, Abel se arrodilló y rezó desde lo más profundo de su alma:



Te doy gracias, Padre en los cielos,
Quien ha creado el hermoso mundo.
Te doy gracias por el sol
que permite a las plantas y flores crecer,
Y da calor a animales y hombre.
Te doy gracias por el agua, el aire y la tierra
que nutren nuestros cuerpos.
Te doy gracias por el espíritu viviente
que has infundido en mí.

El humo del sacrificio de Abel se elevó hacia el cielo como una flor, pero el fuego de Caín ardía violentamente. Las llamas se extendían de forma caótica. El humo ondulaba cerca del suelo y le escocía en los ojos. Miró al sacrificio de Abel y vio el humo elevándose hacia arriba. Caín pensó que Dios había rechazado su sacrificio. Sentía como si el fuego salvaje quemara su alma. Un potente calor surgió en su cabeza. Cegado por la furia, asestó un duro golpe a su hermano. Abel cayó al suelo, sus últimas palabras una oración. Estaba muerto.

Caín bajó la mano. Con horror, contempló la roja sangre, que manaba de la cabeza de Abel y se derramaba por el suelo. Se arrodilló y sollozó: "Abel, ¡levántate! Abel, querido hermano, ¡despierta!" Pero Abel no se movió. Sus ojos estrellados permanecieron cerrados para siempre.

Entonces Caín sintió un agudo dolor tan profundo que gritó como una bestia salvaje. El miedo se apoderó de él y lo condujo a través del bosque. Corrió frenéticamente a través de espinos, arbustos, rocas y barrancos. Una tormenta arrasó los bosques, los relámpagos destellaban. En lo profundo de una cueva, se arrojó al suelo. Con los puños golpeó el suelo rocoso y gritó: "Tierra, ¡ábrete y trágame!" Pero la tierra no se abrió.

Y entonces, la voz de Dios resonó en sus oídos: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?"

"No lo sé. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?", se quejó.

"¿Qué has hecho? Estás cubierto de la sangre de tu hermano. Serás vagabundo y errante. Vagarás por el ancho mundo y nunca encontrarás la paz".

Las lágrimas brotaron a los ojos de Caín y dijo: "Oh Señor, mi pecado es demasiado grande para ser perdonado. ¿Adónde huiré de tu semblante? ¡Mátame!"

Entonces la voz de Dios habló: "Nadie puede matar a Caín. ¡Esta señal te protegerá!" E hizo una señal en la frente de Caín. Desde ese día, Caín vagó por la tierra. No encontró descanso en ningún lugar.

Adán entierra a Abel en la primera tumba de la tierra

La noche en que Caín y Abel hicieron sus ofrendas, ninguno de ellos volvió a la casa de Adán y Eva. Adán salió al encuentro de sus hijos. Un tenue rastro de humo le llevó al lugar del sacrificio. ¿No era aquel Abel durmiendo en la hierba? Se inclinó hacia él y vio la sangre en el suelo. ¿Qué era esto? En verdad, ¡el cuerpo de Abel yacía sin vida junto al altar! Profundamente conmovido, Adán se quedó junto al cuerpo de Abel, la primera persona en morir en el mundo. A Adán le pareció oír voces desde las nubes. Eran las voces de los querubines que lo habían expulsado del Paraíso con las palabras: "En la tierra sufrirás la muerte".

Tres días y tres noches Adán veló el cuerpo de Abel. Colocó una ofrenda sobre el altar. Cuando llevó a Eva hasta el cuerpo de Abel, ella lloró y gritó repetidas veces: "Abel, querido Abel, ¡levántate! ¿No me oyes? ¿Ya no serás la luz de mi corazón?" Pero Abel no podía contestar. Engalanó su cuerpo con flores y lo veló junto a Adán.

Al tercer día, Adán vio unos cuervos enterrando a uno de su especie. Entonces recordó las palabras del ángel: "Porque eres tierra y en tierra te convertirás".

Entonces Adán cavó una tumba junto al altar con la azada de Caín y, junto con Eva, colocó el cuerpo de Abel en ella. Y dijo: "Su cuerpo pertenece a la tierra, pero su alma ha regresado a Dios".

Tras enterrarlo, se sintieron reconfortados, y Eva dijo: "Veremos a Abel de nuevo en el cielo, por encima de las estrellas, cuando finalice nuestra estancia en la tierra". La tumba de Abel fue la primera tumba en la tierra.

Set, el nuevo hermano de Caín

Por la noche, mientras Adán y Eva lloraban a Abel, un ángel se les apareció y dijo: "Tendréis otro hijo en lugar de Abel. Será tan radiante como Abel y tan fuerte como Caín. Se llamará Set. Nacerán otros hijos e hijas, por lo que habrá muchas personas en la tierra. El alma de un ángel vivirá en Set, y traerá una gran luz a la humanidad".

A la hora del nacimiento de Set, unas palomas blancas volaban en círculos sobre la cabaña de Eva. Ella oía el canto de los ángeles, que se regocijaban porque uno de ellos había venido a la tierra.

Cuando Set llegó a la adolescencia, hacía lo que Abel había hecho. Arreaba ovejas, edificaba altares y llevaba ofrendas a Dios. Un día, mientras Set se arrodillaba en oración ante su ofrenda, Caín vagaba por los campos. Olió el humo y se deslizó entre los árboles. Cuando vio al chico orando en el prado, pensó que Abel había vuelto a la vida y caminó hacia él. Set se sobresaltó por este fuerte hombre que no había visto nunca. Caín preguntó: "¿Quién eres? ¿Quiénes son tus padres?"

"Soy Set, hijo de Adán".

Cuando Caín comprendió que se trataba de su hermano, lo abrazó y besó, gritando: "¡Oh, hermano mío, hermano mío!" Entonces, tan repentinamente como había llegado, dejó a Set y rápidamente desapareció. La sangre de Abel no le dejaba tranquilo.

Pasó el tiempo. La Madre Eva dio a luz a muchos niños, y el número de seres humanos aumentó en la tierra. Todavía estaban cerca del Paraíso. Envejecían muy lentamente y vivían durante varios cientos de años.

Un ángel revela el Libro de la Vida a Adán

Y sucedió que un ángel de Dios llevó a Adán a una cueva. El ángel mostró a Adán un libro en el que estaban escritos setenta y dos Signos de Luz. Toda la sabiduría del mundo estaba escrita en el libro. El ángel enseñó a Adán a leer los signos en el libro y dijo: "Antes de morir, debes dar este libro a un hombre cuya alma esté llena de la luz de Dios, para que la sabiduría de los ángeles pueda continuar brillando en la tierra".

Cuando Set tenía doce años, y Adán vio que era un niño divino, lo tomó de la mano y lo llevó a la cueva donde se guardaba el libro sagrado. El Libro de la Vida no estaba escrito en pergamino; era Luz escrita sobre Luz. Cuando Set lo miró, quedó cegado. No podía leer los signos que estaban escritos en la escritura de las estrellas. Adán dijo: "Cuando yo muera, serás el siervo del Libro de la Sabiduría. No se lo muestres a nadie, porque podría ser utilizado de forma indebida para magia dañina. Cuando te hagas viejo, dáselo a alguien de cuyos ojos brote la luz del Paraíso. Si no encuentras a dicha persona, sella la entrada de la cueva. Entonces el libro estará seguro para épocas posteriores".

La muerte de Adán

Adán se había hecho muy viejo. La tierra lo atraía cada vez con más fuerza, hasta hacerlo caminar casi doblado. Cuando supo que iba a morir en poco tiempo, dijo a Set: "¡Mi querido hijo! Pronto mi alma irá a Dios. Mi cuerpo, sin embargo, pertenece a la tierra. Hijo mío, ¿cumplirás una última petición por mí? "

"Todo lo que sea capaz de hacer", respondió Set.

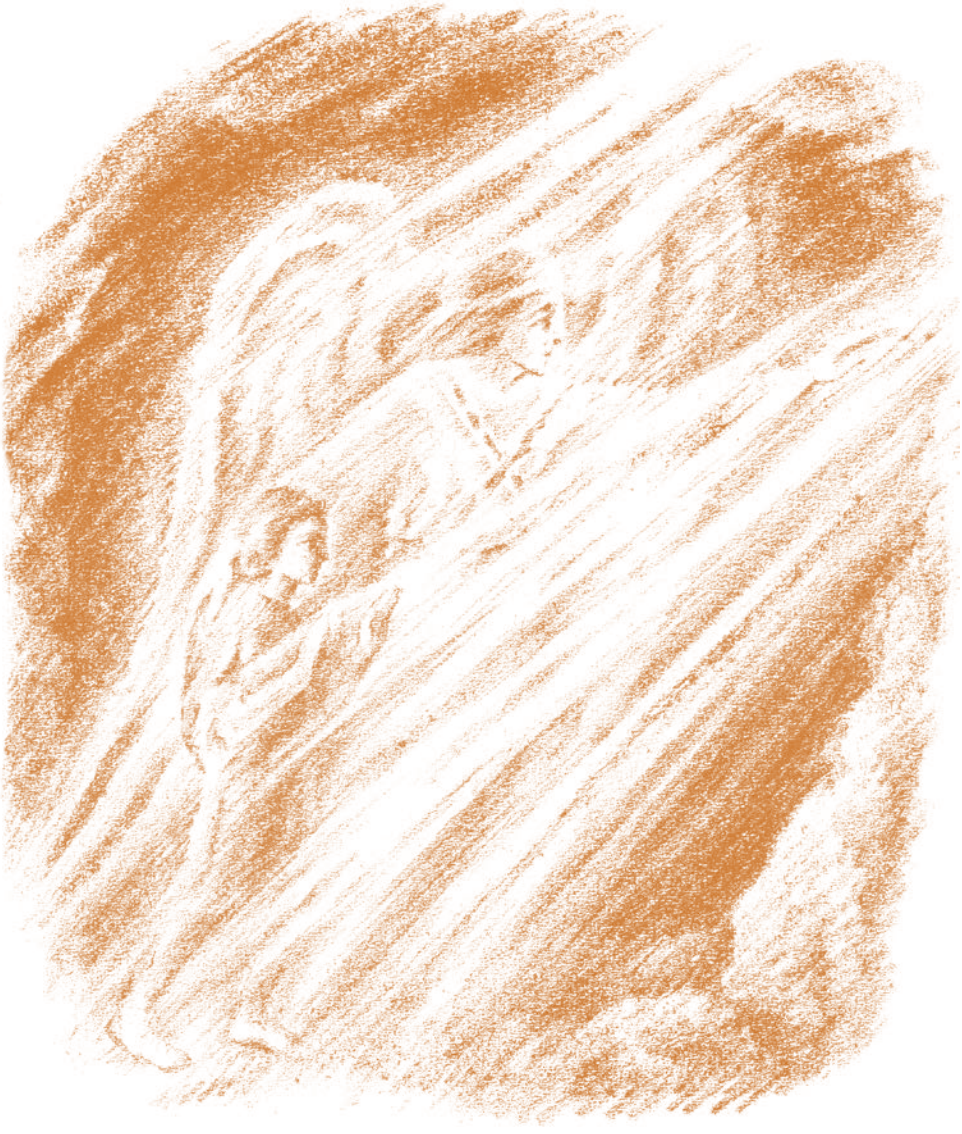
"Ve hacia el sol naciente. Deja que el ángel del Señor te guíe al Paraíso y tráeme tres semillas del Árbol de la Vida. Ponlas en mi ataúd. De las semillas crecerá un árbol, que traerá bendición a la humanidad".

Set preguntó: "Padre Adán, ¿encontraré el Paraíso? ¿A quién pediré que sea mi guía?"

Adán respondió: "El Paraíso ha sido elevado a los cielos. Jamás lo encontrarás en la tierra. Invoca a Miguel, él te guiará".

Set vagó hacia el sol naciente hasta que llegó a la cueva del Libro Sagrado. Entró en la cueva para descansar y cayó en un profundo sueño. El arcángel Miguel vino a él y condujo su alma al cielo y al Jardín del Paraíso. La puerta en llamas estaba custodiada por los querubines y de ella destellaban relámpagos. Miguel tomó el alma de Set bajo su ala y lo llevó a través del portal al Árbol de la Vida. Set recogió una manzana, la partió y tomó tres semillas de dentro. Entonces Miguel llevó a Set a través de relámpagos y fuego, de vuelta a la cueva.

Cuando Set despertó, encontró las semillas en su mano. Volvió rápidamente con Padre Adán, a cuyo alrededor se había congregado la gente. La noticia de que Adán yacía agonizante se había extendido por todas partes. Hijos, hijas, nietos – todos habían venido para estar cerca de Adán en esta hora. Cuando Set se acercó a él con las tres semillas, las puso en la boca de Adán. Por última vez Adán se levantó.



Entonces extendió sus brazos hacia el ángel de la muerte, enviado para guiar su alma. Suavemente, el ángel separó el alma del cuerpo del ancestro del hombre. Entonces el corazón de Adán se detuvo, su respiración se ralentizó y sus extremidades se volvieron rígidas.

Lucifer había estado esperando este momento. Pensó: "Adán me pertenece. ¡Su alma pertenece a mi reino!" Se acercó al ángel de la muerte a fin de arrebatarle el alma de Adán. Pero Miguel estaba allí. Contra él, el demonio de la oscuridad no tenía poder y se vio obligado a huir.

Set llevó el ataúd de Adán a la cueva donde se guardaba el Libro Sagrado. Había leído en el libro que, en un futuro, el ataúd sería llevado muy lejos, a la región donde nacería el Mesías, el Redentor de la humanidad. Había leído que un árbol crecería de las tres semillas. La madera de ese árbol produciría tres cosas: el báculo de un Líder Divino, los pilares de un Templo y la cruz del Redentor.

A partir de entonces, Set vivió cerca de la cueva y llegó a ser conocido entre los hombres como sacerdote del Señor. Todos aquellos que presenciaban las ofrendas que Set hacía a Dios sentían la luz celestial fluyendo en sus almas.

Los hijos de Caín

En aquellos tiempos, la tierra era un vasto territorio silvestre y los animales salvajes vivían por todas partes. Las manadas de caballos salvajes y el ganado pastaban en las llanuras y no pertenecían a nadie. Los arbustos y árboles servían de protección a los seres humanos. ¡Nadie sabía cómo construir casas! La gente comía los frutos de los árboles y los campos, como los que Caín había ofrecido en su sacrificio a Dios. Ningún cazador cazaba animales, pues nadie comía carne. Entonces nacieron tres hijos de Caín. Se llamaban Jabal, Jubal y Tubal Caín. Con ellos cambiaron muchas cosas en la tierra, porque a los hijos e hijas de Caín les gustaba trabajar.

Jabal, el domador de animales

Cuando Jabal era un hombre joven, tuvo un extraño sueño. Soñó con caballos salvajes corriendo por las llanuras. Su corazón dio un vuelco cuando contempló sus magníficos saltos y alegres juegos. Hasta entonces, a nadie se le había ocurrido montar a caballo. Así, Jabal se sorprendió mucho cuando, en su sueño, ¡un ser se le acercó y le dijo que montara a caballo! En ese momento, un espléndido caballo blanco pasaba trotando. Mientras corría, Jabal saltó sobre su lomo. Veloz como el viento, el corcel blanco lo llevó por el campo. Llegaron a un río y el caballo se preparó para saltar al otro lado. Jabal luchó por aferrarse pero, perdiendo su agarre, ¡cayó a las frías aguas!

Lleno de asombro, ¡Jabal despertó y se encontró que había estado durmiendo bajo un árbol! No muy lejos, una manada de caballos salvajes estaba pastando. De inmediato pensó: "Capturaré un caballo y lo voy a montar, como hice en mi sueño. Me deslizaré hasta la manada e intentaré saltar a lomos de uno de ellos. Pero debo ser hábil, porque son desconfiados y rápidos".

Poniéndose a cubierto detrás de unos arbustos, Jabal esperó tensamente hasta que un caballo se acercó a su escondite. Un semental negro con pelaje reluciente se acercó. Un salto y un brinco, ¡y Jabal pensó que estaba sobre el lomo del caballo! Pero el caballo se encabritó, se volvió y lo tiró al suelo antes de que pudiera agarrarse a sus crines. Avergonzado de su fracaso, Jabal se puso de pie – mientras la manada de caballos relinchaba con estridencia y salía corriendo. Una determinación feroz consumía a Jabal. "Tengo que conseguirlo", se dijo a sí mismo.

A partir de entonces, la idea de atrapar y montar un caballo nunca lo abandonó. Durante días recorrió los campos y llanuras. Una y otra vez, trató de acercarse a la manada, pero los caballos siempre captaban su olor con su delicado olfato y huían.

Un día, tras un esfuerzo infructuoso, Jabal tenía mucha sed. No encontraba un manantial ni un arroyo en ninguna parte. Vio una manada de vacas que estaban pastando y un ternero que mamaba de la ubre de una vaca. Jabal era tremendamente fuerte. Tomó a la vaca por los cuernos, inclinó su cabeza hacia un lado y la tiró al suelo. Exprimió leche de la ubre y la bebió con avidez. Era dulce y refrescante. ¡Ningún ser humano había bebido leche antes! A partir de entonces, Jabal a menudo atrapaba una vaca y bebía su leche.

Al cabo de un tiempo, Jabal descubrió un pasto con árboles frondosos donde los caballos salvajes buscaban descanso. Una mañana temprano, cuando los caballos habían ido a beber, se subió a uno de los árboles y se escondió entre las hojas. Los caballos salvajes volvieron y, sin detectar ningún peligro, se pusieron a la sombra de los árboles. De repente, se oyó un susurro entre las hojas,



y rápidamente, Jabal saltó sobre el lomo de un caballo blanco que estaba justo debajo. Se tendió firmemente sobre su lomo y estrechó sus brazos alrededor del cuello del caballo.

El caballo resopló con rabia, y con gran frenesí, corrió hacia el campo. Se encabritó sobre las patas traseras, pero Jabal se aferró. Entonces galopó salvajemente con él sobre palos y piedras, sobre zanjas y arroyos. Como Jabal no se caía, el caballo se arrojó al suelo y rodó sobre su lomo. Pero Jabal se arrodilló rápidamente sobre el cuello del caballo y apretó su cabeza contra el suelo para que los cascos patearan en el aire.

Finalmente el caballo se cansó y supo que había sido vencido. Cuando yacía agotado e inmóvil, Jabal acarició su cuello y le dijo palabras tranquilizadoras. Le dio unas palmadas en el lomo y le rascó las orejas. A los pocos días, el caballo estaba domesticado. Hombre y caballo eran amigos. A lomos de su caballo, cabalgó sobre la tierra.

Sin embargo, la gente tenía miedo del caballo y su jinete. Creían que era un monstruo y huían asustados. Los niños gritaban a sus padres: "¡Un monstruo, un monstruo! Tiene seis patas y dos cabezas, ¡y parece como si un hombre creciera encima!" Cuando la gente huyó asustada, Jabal se rió y desmontó. Ató el caballo a un árbol con una cuerda hecha de cañas y persuadió a la gente para que saliera de sus escondites. Salieron con cautela, pero se mantuvieron a distancia. Un valiente niño, a quien Jabal tomó en sus brazos, incluso acarició el cuello del caballo. Entonces los adultos también se reunieron alrededor. De pronto el caballo relinchó. Todo el mundo gritó y corrió. Jabal se rió y explicó que los caballos hacen este tipo de sonidos cuando están contentos.

Cerca había varias cabañas. Jabal vio que los niños estaban todos muy pálidos y delgados. Una mujer se lamentó: "Este año hemos encontrado muy pocos frutos. Hemos estado desenterrando y comiendo raíces". Jabal dijo: "Domaré una vaca para vosotros y entonces tendréis leche".

"¿Que se supone que significa eso?", se dijeron unos a otros y sacudieron la cabeza con incredulidad.

Jabal ató su caballo a un árbol y dijo a un hombre que estaba allí: "Cuida de mi caballo. Regresaré por la noche". Se dirigió a pie a las colinas cercanas, donde había visto una manada de ganado pastando. Desde un escondite corrió hacia la manada y agarró a una vaca por los cuernos. En ese momento, un gran toro bramó y cargó hacia Jabal. Soltó a la vaca y se apoderó del toro. Se produjo una tremenda lucha. Finalmente, Jabal presionó la cabeza del toro contra el suelo con tal fuerza que el toro se dio por vencido y supo quién era el amo. Derrotada, la bestia se fue con paso pesado.



Ahora Jabal tenía que acechar a la manada una vez más para capturar una vaca. ¡Era más fácil someter a una vaca que a un toro! Llevó el animal capturado a la gente. Los niños gritaron: "¡Viene con un monstruo con cuernos!" Y corrieron a esconderse.

Pero el pequeño y valiente Lemo, que había dado unas palmadas al caballo, se atrevió a acercarse. Jabal ató la vaca cerca del caballo, la acarició y la ordeñó. "¡Sangre blanca! ¡Sangre blanca!" gritó Lemo, cuando vio la leche que salía a chorros de la ubre de la vaca.

Jabal se rió y le dijo: "Eso es leche. Es buena para beber". Se roció leche en la mano y la bebió y luego dejó que Lemo la probase. Tenía tan buen sabor que pidió más. Llamó a los otros: "¡Sangre blanca, buena leche!" Se acercaron con cautela. Jabal dio a uno de ellos un poco de leche, y luego a otro, y a otro. Pidió un cuenco y lo llenó de leche.

Mientras todos se agolpaban alrededor de la leche, la vaca de repente bramó: "¡Muuu!" Una vez más todo el mundo gritó y salió corriendo. Los únicos que no corrieron fueron Jabal, Lemo y el hombre con el cuenco. Se rieron de buena gana.

Jabal dijo al hombre del cuenco: "Puedes quedarte con la vaca. Te dará buena leche todos los días. Da la leche a los niños y cuida bien de ella. Volveré y atraparé más vacas para ti. Eres un hombre fuerte. ¿Por qué no te acercas a una manada y capturas una?" Entonces Jabal montó su caballo y se alejó cabalgando. Y pensó: "Tal vez pueda domar a otros animales además de caballos y vacas". Sentía un gran deseo de hacerlo.

* * *

Una vez Jabal llegó hasta una cadena montañosa. La gente que vivía allí le dijo: "En las montañas viven demonios con cuernos. Trepan alto por las rocas. Nadie se atreve a ir allí".

Jabal respondió: "Yo me atrevo. Veré qué tipo de animales son". Pidió a un hombre que cuidara de su caballo y escaló las rocosas montañas. De pronto se encontró con cabras de montaña pastando y descansando sobre zonas de hierba. No mostraban ningún temor. Al atardecer, el rebaño entero comenzó a escalar en la misma dirección. Jabal las siguió a una enorme cueva, en la que se acostaron. También él entró en la cueva y permaneció allí toda la noche.

Por la mañana, Jabal se dio cuenta de que muchas iban a una roca y la lamían. Descubrió sal en la roca y puso un pedazo en su bolsa de cuero. Las cabras dejaron que Jabal las ordeñase. Su leche sabía dulce. Algunos de los animales se encariñaron tanto de Jabal que lo seguían dondequiera que fuera. Los guió hacia el valle, dándoles sal de vez en cuando. Así es como las cabras empezaron a vivir con los seres humanos. Jabal dio las cabras a los habitantes de las montañas y les enseñó a construir rediles y cercas. Después de un tiempo, los propios habitantes de las montañas empezaron a atrapar y domesticar cabras de montaña, porque apreciaban su dulce leche.

Un día, mientras Jabal caminaba a través de un denso bosque, oyó unos horribles gritos y fuerte ruido. Descubrió un gran gato salvaje luchando con una gatita. Espantó al grande y tomó a la pequeña en sus brazos. Acarició su pelo alborotado y metió a la pequeña criatura en su bolsillo. Cuando llegó hasta la gente a quienes había entregado la vaca, dio a la gatita un poco de leche. La gata rápidamente se hizo amiga de Jabal, ronroneó y frotó la espalda contra sus piernas. Dondequiera que iba, la gata iba también. Cuando él y su caballo descansaban, la gata acechaba a los ratones. Sin embargo, una vez, después de que había visitado a la gente que vivía en las casas de los matorrales, la gata no vino a su llamada. ¡La

buscó y la encontró bajo un arbusto con siete pequeños gatitos! Desde entonces, existen los gatos domésticos.

En otra ocasión, Jabal escuchó el aullido y gemido de jóvenes perros salvajes. Su madre probablemente los había abandonado, puesto que ya no eran pequeños. Jabal se llevó a uno de ellos y le enseñó a sentarse detrás de él sobre el lomo del caballo. Cada vez que el perro se caía, corría alegremente al lado del caballo. Jabal le enseñó a buscar y traer palos y otros trucos. Por la noche, el perro dormía cerca de su amo y del caballo.

Un día, Jabal se quedó dormido a la sombra de un árbol, mientras su caballo pastaba cerca. El perro se tumbó a los pies de Jabal. Un ladrón, con el propósito de robar el caballo, se arrastraba lentamente hacia él. De pronto el perro se levantó de un salto, ladró ferozmente y persiguió al hombre. Cuando atrapó al individuo, lo mordió en la pierna. Jabal despertó y se dio cuenta de que tenía una atenta criatura.

Desde ese día, Jabal domesticó perros para la gente. Además de ser perros guardianes, también eran útiles para los pastores y cabreros.

Jubal trae la música a la humanidad

Jubal era otro de los hijos de Caín. Durante el día, cuando el sol brillaba, Jubal estaba triste. Por la noche, cuando las estrellas centelleaban, Jubal era feliz. ¿Por qué? Cuando llegaba la noche y Jubal se iba a dormir, tenía los sueños más maravillosos. En sus sueños cruzaba el portal multicolor del cielo, donde los ángeles cantaban y tocaban música. Las estrellas resonaban como el repique de campanas. Al oír cantar a los ángeles, se unía dulcemente a su canto. Pero, cada vez que Jubal despertaba, ¡se olvidaba de todas las canciones!

En aquel entonces, los seres humanos no tenían instrumentos, ni podían cantar. Por ese motivo Jubal estaba triste. A menudo pensaba: "Ojalá pudiera dormir, soñar y cantar en la casa celestial para siempre. Ojalá nunca tuviera que volver a la tierra". Cuando se acostó a dormir a la noche siguiente, rogó a su ángel de la guarda: "Llévame lejos de esta triste tierra, donde ninguna canción ni música alegra mi corazón".

Entonces su ángel de la guarda apareció y dijo: "Jubal, Dios ha escuchado tu súplica. Se apiada de ti y de la humanidad. Tú, Jubal, serás un gran cantante. Puedes traer a la humanidad las canciones y la música que oyes en el cielo. Las traerás como consuelo por el cielo perdido". Con estas palabras, dio a Jubal una copa dorada y le hizo beber de ella. Tan pronto como Jubal bebió de la copa, oyó la música del cielo y las estrellas resonar poderosamente en sus oídos.

Cuando despertó, ¡la música seguía sonando! Resonaba a través de él de modo que las canciones brotaban de sus labios. Caminaba entre la gente y cantaba sus canciones. Para los pastores cantaba la canción del pastor, para los agricultores, la canción de los campos. El sol, las estrellas y la luna que sale por la noche – todos eran elogiados con música e himnos. Sus canciones consolaban a todos los que estaban tristes. Cantaba para los niños sobre cómo Dios había creado el mundo, cómo trina el petirrojo y trota el caballo. La gente no olvidaba sus canciones. Las cantaban y las transmitían de generación en generación.

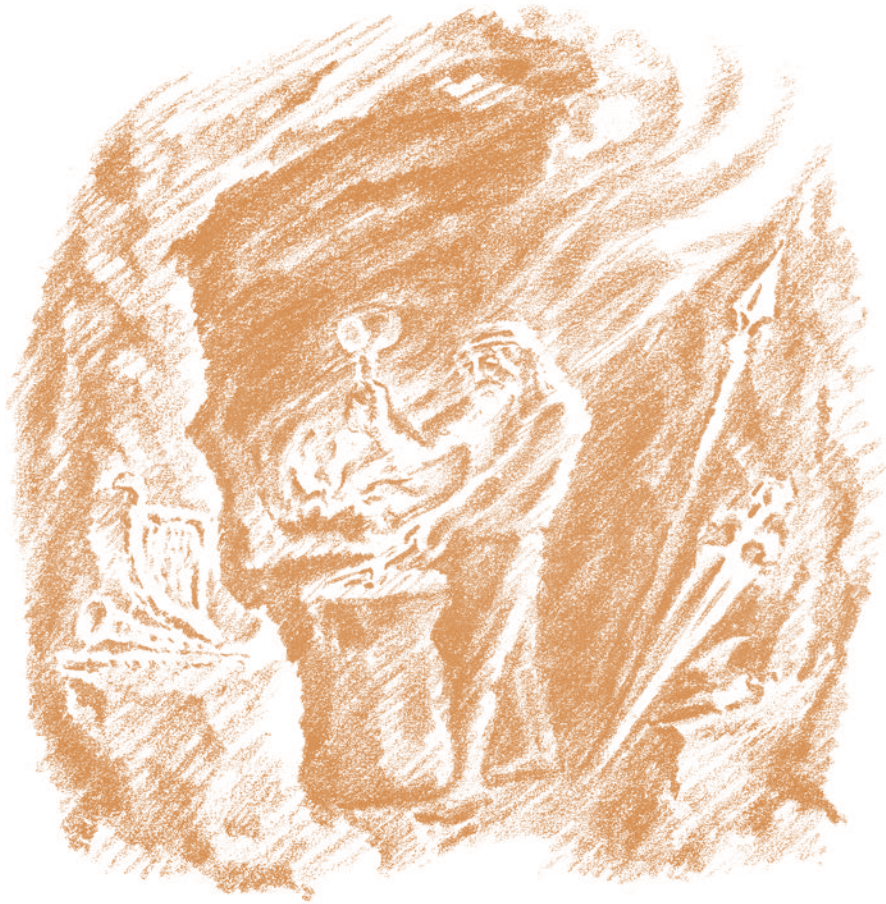
Tubal Caín, inventor y herrero

El tercero de los hijos de Caín se llamaba Tubal Caín. Amaba la tierra, los robustos árboles y las cuevas en las rocas. Dijo: "Encontraré las rocas más duras de la tierra y las daré forma de herramientas".

Encontró hierro. Era tan duro que no podía romperse en pedazos. Soñó que lo ablandaba con fuego. Pero cuando lo puso

en un potente fuego, el hierro no se ablandó. Con piedra y arcilla construyó un horno que avivó tanto, que el hierro se hizo maleable. Hizo un agujero en una pieza de metal aplanada, a la que fijó un mango de madera.

De este modo hizo una azada que era mucho más resistente que las antiguas azadas de piedra y madera que se habían utilizado hasta entonces. Hizo estas azadas para los agricultores. Usando su puño cerrado como modelo, forjó el primer martillo de hierro. El martillo de hierro era tan duro que con él Tubal Caín podía partir cualquier piedra. Hizo el primer yunque de hierro y lo colocó en una cueva, que se convirtió en su herrería.



Los hijos de Caín y las primeras casas

Sucedió que Jabal dormía en lo alto de una colina. Soñaba con una ciudad celestial, con templos, torres y casas, por la cual los hombres entraban y salían. Extasiado, contempló los extraños edificios y pensó: "Ojalá pudiera construir tales casas en la tierra". Cuando despertó, comenzó a construir casas de piedra, madera y arcilla. Eran tan pequeñas como juguetes. Trabajó incansablemente durante muchos días.

Tubal pasó por allí y, tras estudiar la pequeña ciudad de juguete, dijo: "Deberías construir estas casas lo suficientemente sólidas y grandes para que los hombres vivan en ellas. ¡Forjaré herramientas para que puedas talar árboles! En lugar de astillas de madera, debes utilizar troncos de árbol. Haré un plano".

También Jubal vino a la colina y disfrutó con las casitas. Dijo: "Necesitarás que te ayuden hombres fuertes. Les cantaré una canción sobre construir casas. Luego me seguirán y te ayudarán".

* * *

Después de unos días, Jabal montó en su blanco corcel y se adentró en el bosque hasta la cueva donde trabajaba su hermano Tubal Caín. Salía humo de la entrada, y resonaba tal estruendo que el caballo se asustó y se negó a acercarse a la cueva. Atando su caballo a un árbol, Jabal caminó hacia la cueva. ¡Cómo se sobresaltó cuando salieron dos individuos cubiertos de hollín! "¿Está Tubal ahí?", preguntó. Sonrieron y apuntaron a la cueva. Jabal oyó el crepitante fuego y el ensordecedor estruendo de los martillos de hierro. A través del humo, vio la figura grande y fantasmal de su hermano manejando un martillo con tremendos golpes.

Finalmente, Tubal se detuvo y se secó el sudor de la frente. Al ver a Jabal, se rió: "¿No te gusta mi infierno de fuego?"

Jabal respondió: "¿Has hecho herramientas con las que pueda construir casas?"

Tubal tomó una tenaza y agarró un pedazo de hierro incandescente. "Aquí está – casi terminada". Dio unos golpes rápidos en el borde delantero del hierro y luego salió y lo metió en un arroyo cercano para enfriarlo. Luego se acercó a un árbol y cortó una gruesa rama. Finalmente, forzó la rama a través de un agujero en el lado romo del metal. Esta fue la primera hacha. Con poderosos golpes, Tubal golpeó con el hacha el tronco del árbol del que había cortado la rama. Las astillas volaron y, en poco tiempo, el enorme árbol cayó a la tierra. Jabal sintió una especie de reverencia hacia la pequeña cuña de hierro en manos de Tubal mientras miraba al enorme árbol derribado.

Entonces Tubal trajo algo más de la cueva. Mostró a Jabal un extraño y largo trozo de hierro dentado, y dijo: "Con los dientes de la boca puedo triturar pedazos de madera. ¡He hecho dientes de hierro que muerden la madera!" Se acercaron a un abeto y comenzaron a serrar. Con gran esfuerzo y sudor, lograron finalmente cortar el tronco.

La sierra se atascaba a menudo porque sus dientes eran gruesos e irregulares. Jabal dijo: "Me gusta más el hacha".

Tubal respondió: "Forjaré nuevas y mejores sierras". Entonces los compañeros de Tubal comenzaron a forjar hachas para Jabal.

Ese día Jubal vino con diez hombres fornidos que querían ayudar a Jabal a construir casas. En poco tiempo, el sonido de la tala y caída de los árboles resonó por el bosque. Al tercer día, se habían talado suficientes árboles para la primera casa. Los esbeltos troncos se tallaban en punta y se cortaban en trozos el doble de altos que un hombre. Dos hombres se acostaban sobre los troncos como medida, para poderlos cortar con las longitudes correctas. La primera casa que Jabal construyó era redonda. Los troncos se clavaban en el suelo en forma de círculo. Las espadañas y juncos que crecían en un lago

cercano se utilizaban para cubrir el techo. Pero antes de terminar el tejado, se llamó a Set para que bendijera la casa.

Set dijo a la gente reunida: "Esta casa será un pequeño Paraíso, un pequeño Edén, donde el mal no entrará. Haced un sitio para las ofrendas en medio de la casa para que podamos consagrarla. Poned un pequeño árbol en el gablete de la casa, en memoria del árbol del Paraíso".

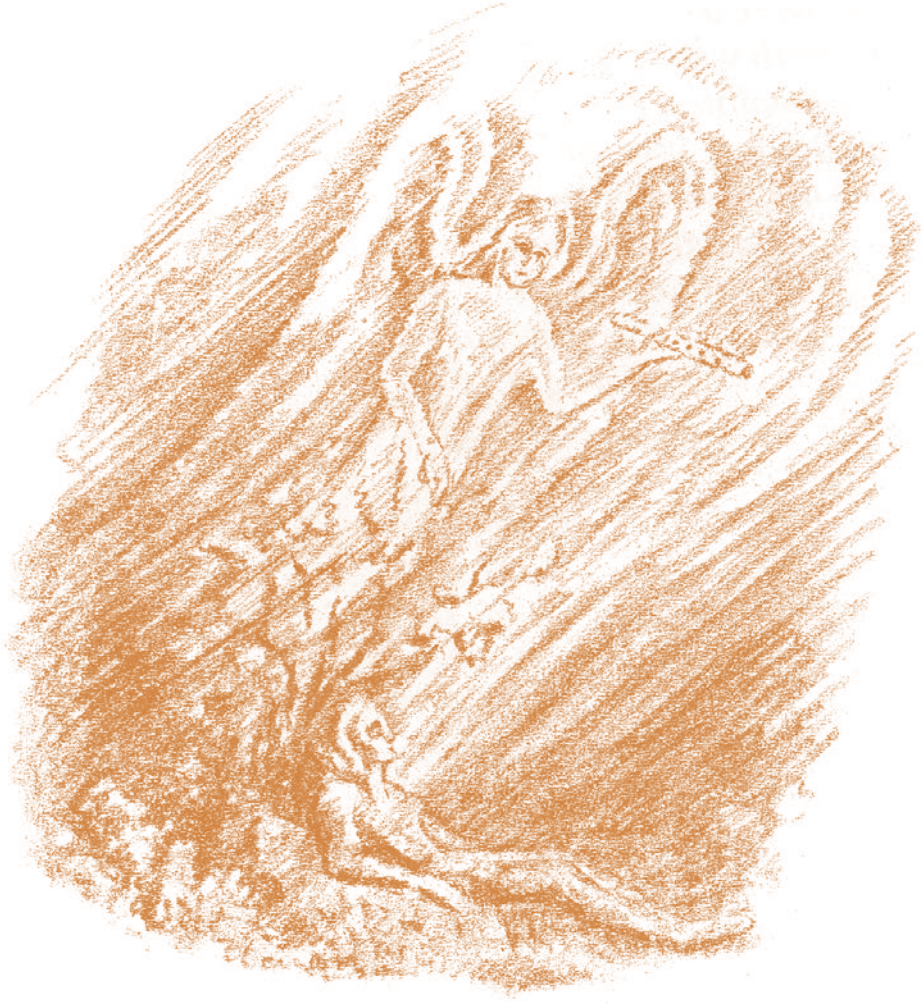
Cuando todo estuvo listo, se reunió una gran multitud de gente. Jabal, Jubal y Tubal ayudaron a Set a encender el fuego del sacrificio. Mientras el humo se elevaba, Jubal cantó alegremente una canción de consagración:

La casa se levanta sobre la tierra.
Que no la destruya ningún fuego,
Que no le caiga ningún rayo,
Un buen espíritu habite en ella,
Destierre todos los peligros
Y la proteja de las inundaciones.
La paz esté con este lugar,
Bendita sea esta casa,
Todos los que vivan en ella,
Y todos los que entren y salgan.

Mientras Jubal cantaba, el humo se elevaba hacia el cielo. Cuando el fuego de la ofrenda apenas ardía y los últimos rescoldos resplandecían en la hoguera, Jabal y los otros constructores cubrieron el tejado con juncos. Sin embargo, nadie sabía a quién pertenecía la casa. Cuando estuvo lista, Jabal dijo: "La primera casa en la tierra será dedicada a Dios. Se la doy a Su sacerdote, Set". A partir de entonces, Set vivió en la casa y la conservó como un lugar sagrado.

Los hombres la llamaron la Casa de Dios. Después de esto, Jabal y sus constructores edificaron casas en todas partes, pero no techaban ninguna hasta que se había hecho una ofrenda.





Los tres cuchillos

Set dijo a Tubal Caín: "¿Puedes forjar una pieza de oro puro que se asemeje a un rayo de sol? Cuando hagamos sacrificios, la clavaré en la tierra, para que también los campos sean bendecidos. Dale un mango de hierro para que pueda asirlo". Dio a Tubal una pieza de oro que había encontrado en las montañas. Con gran arte y habilidad, Tubal y sus herreros forjaron un cuchillo de oro. A partir de entonces, al hacer una ofrenda, Set rogaba por la bendición de Dios y para que el sol calentase las semillas y la tierra. Como signo de ello, clavaba el cuchillo de oro en la tierra. Solo después de hacer esto se permitía al arado y la azada remover la tierra.

* * *

Una vez Jubal dormía bajo un gran arbusto. En su sueño, aparecía un ángel que tocaba música con un instrumento celestial. Parecía un tubo con pequeños agujeros. Jubal preguntó al ángel: "¿Puedo yo también tocar un instrumento así? Me gustaría tanto".

El ángel señaló hacia el arbusto. "Toma madera de estas ramas y haz el instrumento".

Jubal se despertó. Rompió una rama del arbusto, se acercó a Tubal Caín y le habló de su sueño. Tubal dijo: "Forjaré un cuchillo de plata. Con él, podemos tallar el instrumento en madera". Hábilmente, Tubal forjó un cuchillo de plata y con él talló la primera flauta de madera. Era una copia perfecta de la flauta celestial.

* * *

Uno de los ayudantes de Tubal Caín forjó en secreto un cuchillo de hierro. Pensó: "Esta es una herramienta que seguramente tendrá muchos usos". Cuando terminó, lo escondió en una grieta de la cueva.

Jubal hace música para los animales

Jubal había visto otro extraño instrumento en un sueño. Cuando se lo contó a Tubal Caín, Tubal creó una lira de madera. Las cuerdas estaban hechas de tripas de oveja, retorcidas, estiradas y secadas al aire.

Jubal se sentó en el bosque bajo un árbol y tocó su lira. Unos ratones curiosos salieron de sus escondites, escucharon la música y comenzaron a bailar. Después de un rato, se quedaron quietos y escucharon. Un gato salvaje se acercó y detectó a los ratones. Pero la música de Jubal sonaba tan dulce que se olvidó de los ratones y se acostó a sus pies. Ningún ratón salió corriendo. Dos conejos oyeron la música. Renquearon hacia el gato, se sentaron a su lado y menearon las orejas al ritmo de la música.

Un zorro se deslizó hasta el claro. Al ver a tantas criaturas pequeñas, se le caía la baba. "¡Me lanzaré y haré tres comidas de una sola vez!" Pero los acordes de la lira de Jubal calmaron su hambre y su espesa cola empezó a moverse al ritmo de la música. Se acostó al lado de los conejos.

Los arbustos crujieron, ¡y apareció un lobo! Con su aguda vista había observado a los animales y se preguntaba: "¿Atrapo el zorro, el gato o el conejo?" Pero la música de Jubal llegó a sus oídos, y aunque se tocaba las orejas como si quisiera espantar las moscas, también él se vio obligado a acostarse. Con la cabeza sobre las patas y los ojos cerrados, escuchó la música.

Unas ramas chasquearon entre la maleza. Un enorme oso salió torpemente del bosque. Cuando oyó la música de Jubal, se levantó sobre sus patas traseras y bailó en el claro. Bailó y dio vueltas, hasta que se desplomó y se acostó cómodamente sobre el vientre.

Todos los animales se acostaron alrededor Jubal mientras tocaba. Poco a poco todos se quedaron dormidos. Jubal sonrió y pensó para sí: "En el Paraíso los animales eran así de pacíficos". Cuando empezó a oscurecer, se levantó y salió del bosque.



Todo estaba oscuro cuando los ratones despertaron. Al ver al gato salvaje, se escabulleron a sus agujeros. Entonces se despertaron los conejos. Asustados, miraron a su alrededor y se metieron corriendo en la maleza. El gato salvaje bostezó y se estiró, vio al zorro y al lobo, y desapareció entre las sombras. El zorro bostezó y abrió los ojos. Al notar el olor del lobo y el oso se preguntó: "¿Qué estoy haciendo aquí?" Rápidamente se escabulló.

El lobo se rascó el hocico. "¿Qué? ¡He estado durmiendo cerca de un oso!" Salió corriendo velozmente.

El oso no se despertó hasta la mañana siguiente. Asombrado, miró a su alrededor. "Qué sueño he tenido – ratones, conejos, un zorro, un gato salvaje, un lobo – ¡y un hombre tocando música! Era un sueño maravilloso. Me gustaría soñarlo de nuevo". Y satisfecho, caminó hacia su cueva.

Jubal toca para los hombres

Naamá, una de las hijas de Caín, había tejido una larga túnica blanca para Jubal. Cuando cabalgaba sobre su caballo blanco con la túnica blanca, parecía un mensajero de Dios. Por la noche descansaba al borde de un bosque o en lo alto de una colina. A menudo tocaba su flauta bajo las relucientes estrellas. Ningún animal salvaje le hacía daño. Una noche descansaba en lo alto de una colina, sin darse cuenta de que había una aldea cerca. Su caballo se había echado a sus pies. Cuando empezó a tocar la flauta, una niña se despertó en una de las cabañas. Llamó a su hermano y le dijo: "¡Escucha! Está cantando un pájaro nocturno".

"No", susurró el chico. "Sin duda, es la voz de un ángel. No he oído nunca a un pájaro silbar así. Ven, vayamos fuera y escuchemos". El padre y la madre de los niños estaban profundamente dormidos y no los oyeron salir. La música provenía de la colina, donde podían ver una figura blanca.

Con miedo a subir a la colina solos, despertaron a sus padres. “Escuchad”, dijeron. “Suena música desde la colina”. Llenos de asombro, los padres escucharon. Asombrados y maravillados, tomaron a sus hijos de la mano y lentamente subieron la colina. A medio camino se detuvieron y, a la luz de la luna y las estrellas, vieron la figura blanca con más claridad. En la quietud resonaba una melodía tan pura y dulce que cayeron de rodillas e inclinaron las cabezas. Después de un rato, se despertó más gente y se congregó al pie de la colina. No se atrevían a subir la colina por temor a perturbar la música.

Entonces Jubal tomó su lira y cantó. La música resonaba a lo lejos. Cantó y tocó hasta el amanecer. Entonces montó a caballo, y, levantando su mano en señal de saludo, cabalgó colina abajo. Asombrada, la gente inclinó la cabeza ante él. Luego desapareció detrás de unos árboles oscuros. Los habitantes de la aldea construyeron un altar de piedra donde él había cantado, y llevaron ofrendas a los poderes celestiales que les habían hablado a través de la música de Jubal.

En su deambular, Jubal a menudo conocía a niños. Tocaba para ellos y les enseñaba a cantar sencillas canciones. Siempre que salía a caballo, los niños lo seguían hasta que caía la noche. Le rogaban y suplicaban que tocase más canciones. Incluso el más pequeño de ellos comenzó a tararear y cantar. Los mayores tallaron silbatos y flautas. Así, cada vez más, los cantos y la música llenaron la vida de la gente de la tierra.

De compañeros malvados y sus pérfidas acciones

Tubal Caín y sus compañeros salieron de su cueva un día para excavar en busca de hierro. Dos trabajadores se quedaron para atender el fuego y terminar de forjar una azada. El mayor, Kenos, sostenía el hierro al rojo vivo con una tenaza, mientras el otro lo golpeaba de tal forma que las chispas volaban. Un golpe rebotó en el yunque y golpeó a Kenos en el costado. Furioso, Kenos asestó un golpe con el puño a su descuidado compañero.

Él, a su vez, dejó caer su martillo y golpeó a Kenos en el cuello. Comenzó una lucha feroz y poco después ambos hombres rodaban y luchaban sobre el suelo de la cueva. Kenos se sintió flaquear, y entonces sus ojos se posaron sobre el cuchillo de hierro en la grieta. Lo tomó, atacó a su enemigo y lo acuchilló hasta la muerte.

Cuando hubo cometido esta acción, se estremeció y asustó. Al ver correr la sangre, dejó el cuchillo y salió corriendo. Aunque la furia todavía rugía en su sangre, le pareció oír la risa burlona de los demonios a sus espaldas. Corrió frenéticamente por el bosque. Un vendaval aullaba entre las copas de los árboles, los relámpagos centellaban a lo lejos y la lluvia chorreaba a través de los abetos y robles.

Después de dar tumbos por el bosque, Kenos encontró una cueva. Exhausto, se desplomó en el suelo. Apretando los dientes, murmuró: "A menudo me irritaba. Ahora tiene su recompensa". Sin ningún remordimiento o arrepentimiento en su corazón, apoyó la cabeza sobre los brazos y se quedó dormido.

Al atardecer del día siguiente, Tubal y sus compañeros regresaron. "¿Qué es esto?", preguntó, cuando vio que no salía humo de la cueva. El fuego se había apagado. Cuando entraron, uno de ellos tropezó con el cuerpo del hombre muerto. Resonaron gritos y sonidos de terror. En la oscuridad, nadie podía ver quién yacía en el suelo, así que llevaron el cuerpo fuera. Uno de los hombres sacó

el cuchillo del pecho del muerto y dijo en tono sombrío: "¡Kenos lo ha acuchillado hasta la muerte!"

Tubal miró al cuchillo manchado de sangre durante un largo tiempo y finalmente dijo: "Forjé el cuchillo de oro para Set, el sacerdote, para traer ofrendas divinas. Jubal, el cantante, lleva el de plata. El cuchillo de hierro ha traído la desgracia. ¿Debo enterrarlo en lo profundo de la tierra? ¿Tirarlo por un barranco?" Pero entonces pensó: "Caín mató a Abel sin un arma. El cuchillo no es culpable. Kenos es el asesino y ha huido". Clavó el cuchillo en el suelo varias veces para limpiar la sangre. Luego lo colocó de nuevo en la grieta entre las rocas.

Kenos en la cueva del bosque

Durante la primera noche que Kenos durmió en la cueva del bosque, un espíritu maligno se deslizó a su lado y le susurró: "Ve. Ve a buscar el cuchillo en la cueva de Tubal. ¡Con el cuchillo tendrás poder sobre los hombres! Con él puedes matar animales y comer su carne. Puedes acallar tu hambre.

Temprano por la mañana, Kenos se deslizó de nuevo a la cueva de Tubal y se escondió detrás de las rocas y los árboles. Esperó hasta que vio al maestro y sus compañeros caminar hasta el arroyo donde se lavaban cada mañana. Entonces se deslizó dentro de la cueva vacía y tanteó con cuidado en la oscuridad. No se había equivocado. ¡El cuchillo estaba en la grieta! Sintió como si las gotas de sangre en el suelo de la cueva susurraran su nombre y avanzaran hacia él. Rápidamente se apoderó del cuchillo y, en loca huída, salió corriendo de la cueva al bosque.

De pronto, un lobo salvaje de ojos feroces se paró frente a él! Kenos saltó sobre él, lo acuchilló hasta la muerte y bebió su sangre. Luego arrastró a la horrible criatura a su cueva secreta. Como Tubal le había enseñado, golpeó dos piedras hasta hacer saltar chispas

y encendió un fuego. Entonces asó la carne del lobo y acalló su hambre. La piel del lobo le sirvió de cama.

La noticia del asesinato cometido por Kenos llegó a oídos del sacerdote, Set. Convocó a la gente para hacer una ofrenda de expiación en su Santa Casa. Cuando se había sido encendido el fuego y ofrecido las oraciones, Jubal tocó su lira. En una danza sagrada, los sacerdotes y sacerdotisas se movían en torno al altar. Mientras tanto, Kenos se había deslizado cerca de las cabañas! Desde la distancia, vio el sacrificio y las muchas personas que se dirigían a la Santa Casa. No muy lejos de la aldea, se encontró con un joven perezoso acostado en una piel de oso. Cuando Kenos le preguntó por qué no estaba en el sacrificio, el individuo respondió: "Soy demasiado perezoso; ayer talé un árbol".

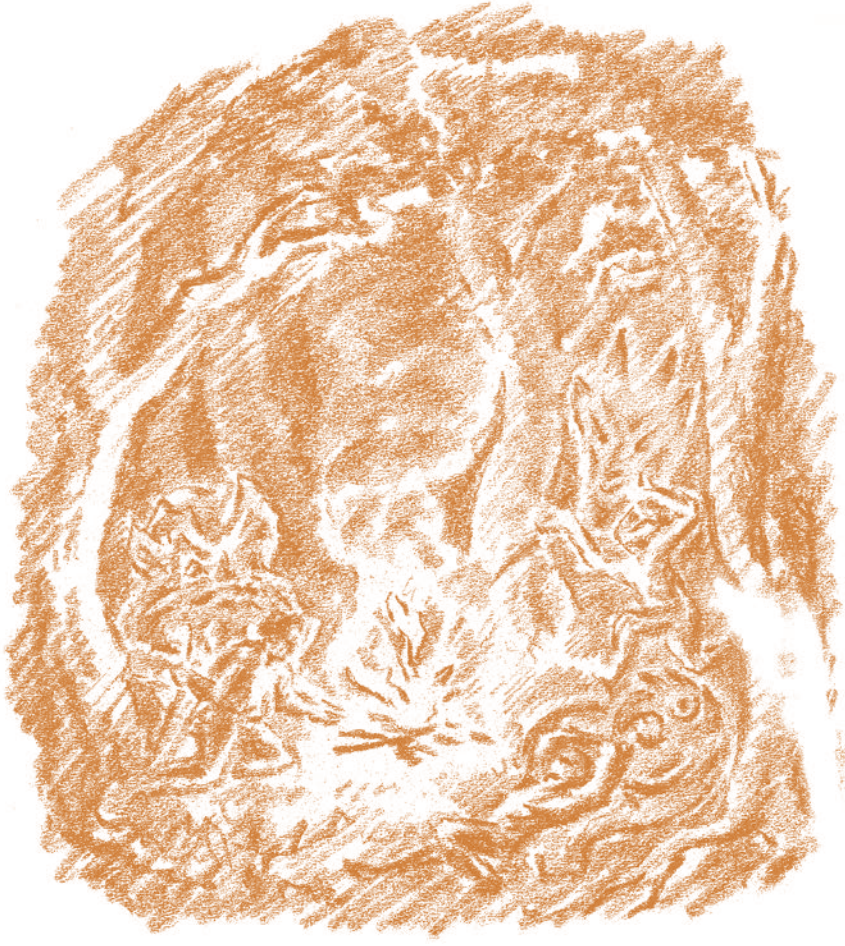
Kenos se alegró tanto de encontrar a otra persona que no había asistido a la ofrenda que se sentó al lado del individuo y le mostró su daga. "Ven conmigo, y te enseñaré a usar un cuchillo como este. ¡Quizás pueda conseguir uno para ti!" Con un poco de persuasión, el hombre siguió a Kenos hacia el bosque. Juntos mataron un cerdo salvaje, asaron parte de la carne en el fuego en su cueva y tuvieron comida suficiente durante varios días.

A partir de entonces, los dos hombres cazaban juntos. Asustaban a los animales y llevaban el mal en sus corazones. No perdonaban ni a hembra ni a macho. Empezaron a matar animales, no solo por su carne, sino por el placer de la caza y la matanza.

En una ocasión, Tubal despidió a uno de sus ayudantes, porque había maldecido su trabajo y pronunciado el nombre de Dios en vano. Con el rostro sombrío, el hombre se perdió por el campo. Kenos y su amigo lo encontraron durmiendo entre las hojas húmedas. Les convenía, así que lo invitaron a ir con ellos a su cueva. Ahora eran tres.

Cómo Jubal escapa de un gran peligro

Sucedió que Jubal fue al bosque donde moraban los malvados hombres. Cayó la noche, y para su sorpresa, vio una luz de fuego resplandecer entre los árboles. Cuando se acercó, vio a tres hombres en cuclillas alrededor de una hoguera. "¡Hola!", les llamó. Sobresaltados, los tres se levantaron de un salto y desaparecieron entre los oscuros árboles y arbustos. Sin sospechar nada, Jubal se rió de su miedo. Se sentó junto al fuego y llamó: "¡Volved, leñadores! Hay sitio para todos junto al fuego".



Sin embargo, los hombres no volvieron, porque tenían miedo de que Jubal los traicionase. Decidieron matarlo. Mientras se deslizaban más cerca, Jubal empezó a tocar el arpa. La música era tan agradable, en la quietud, que olvidaron su malvado plan. Salieron de sus escondites y se acostaron junto al fuego. Los corazones de los dos más jóvenes se ablandaron con la música celestial. Era como si se hubiera encendido una luz en sus almas. Las lágrimas brotaban de sus ojos.

Pero el asesino Kenos rechinaba los dientes. El espíritu maligno le susurró al oído: "Mira, está hechizando a tus compañeros. ¡Rompe su arpa! ¡Detén su canto!"

"¿Puedo pasar la noche aquí?", preguntó Jubal. Kenos asintió con astucia y condujo a Jubal al fondo de la cueva. Extendió una piel de oso para él y enseguida se acostaron todos. Cerca del lugar donde dormía, Kenos clavó la daga en la tierra.

Cuando Jubal estaba a punto de dormirse, un ángel se le apareció y dijo: "Toca tu arpa, Jubal. No pares hasta que todos los hombres estén profundamente dormidos, pues uno de ellos alberga malas intenciones contra ti". Jubal tomó su arpa y tocó una canción de cuna. No se acostó a dormir hasta que supo que los tres hombres dormían profundamente.

A primera hora de la mañana siguiente, el canto y gorjeo de los pájaros despertaron a Jubal. Se levantó de la cama de buen humor y, mientras los tres hombres dormían profundamente, siguió su camino. Mientras caminaba por el bosque, cantaba y tocaba el arpa. Los pájaros volaban por delante de árbol en árbol y lo guiaban fuera del bosque.

La muerte de Set

Mientras Set vivió entre los hombres, les fortaleció con su luz y sus palabras. Les trajo abundante sabiduría del Libro de Adán. Set fue el antepasado de los sacerdotes, que hacían ofrendas a Dios en nombre del pueblo. Hombres de todo el mundo hacían ofrendas sagradas y servían a los Seres Divinos. Había pocas personas malvadas. Estas vivían de la caza en los bosques de la montaña. Ocasionalmente robaban lo que necesitaban de las cabañas de la gente pacífica.

Conforme pasaba el tiempo, se construyeron más y más casas en las tierras bajas. Los rebaños domesticados de vacas, cabras y ovejas se hicieron cada vez más numerosos. Mientras la gente trabajaba, a menudo cantaba canciones que había aprendido de Jubal. Cantaban sobre las maravillosas obras de Dios. Había muchas herrerías como la de Tubal, donde los herreros hacían herramientas para los agricultores y constructores. Unas cuantas personas habían aprendido de Tubal el arte de elaborar instrumentos musicales. Hacían arpas, cuernos y flautas.

Cuando Set era muy anciano y supo que iba a morir pronto, buscó a alguien a quien poder encomendar el Libro de Adán. Pero no encontró a nadie cuya luz del alma fuera tan fuerte como para resistir la Luz del Libro. Así, Set escondió el libro, selló la entrada de la cueva oculta y, poco después, murió. Los hombres lamentaron profundamente su muerte. Con tristeza, los sacerdotes prepararon el sacrificio funerario. Se preguntaron: "¿Quién nos indicará la Voluntad de Dios, ahora que Set nos ha dejado?"

Cómo Enós introdujo la adoración de ídolos entre los hombres

Enós había aprendido de Set cómo Dios había creado al hombre de la tierra y cómo el aliento divino de Dios infundió el alma en el hombre. Pero ahora Enós se burlaba y se había unido a la banda de malhechores. Dijo: "¡También yo crearé un ser y le daré el aliento de la vida!" Formó un ídolo de barro con un rostro espantoso. Colocándolo sobre un altar, encendió el fuego y sopló sobre él. Su falsa ofrenda atrajo a un ser maligno. Este espíritu se metió en el ídolo y adquirió poder sobre Enós y sus amigos. Comenzaron a servir al espíritu maligno y practicar la magia negra.

De este modo, entre los hombres hubo cada vez más maldad. Salían de sus escondites en las montañas y cometían muchas fechorías. Con unos cuchillos largos, que llamaban espadas, asustaban y mataban a las personas que se oponían a ellos. El mal se incrementó. Muchos hombres practicaban la magia negra para causar daño y caos. Cuatro cosas cambiaron en esta época de Enós: las montañas se endurecieron por completo, aparecieron los desiertos, los hombres perdieron la imagen de Dios, y los seres malignos perdieron su miedo a los hombres. Aquellos que adoraban a los ídolos se pintaban líneas negras dentadas en la frente, como señal de que eran fieles compañeros de Enós y siervos de demonios malignos.

Después de mucho tiempo, solo unas pocas personas leales seguían llevando ofrendas con los sacerdotes de la tribu de Set. Ya no se oían las canciones de Jubal; la flauta y el arpa guardaban silencio. La tristeza y el dolor reinaban sobre los ángeles del cielo y su llanto por la corrupción del hombre llegó a Dios.

A través de Enoc la luz de la bondad regresa a la tierra

Dios escogió la gran alma valerosa de Enoc y dirigió la mirada de Enoc hacia la tierra. Enoc vio la oscuridad que rodeaba al hombre. Las maldiciones, gemidos, quejidos y los sonidos de la guerra resonaban desde la tierra. Dijo: "La imagen luminosa del hombre está rodeada por el dragón. Las voces de la miseria y el tormento se elevan desde las profundidades. ¡Oh, Señor! Envíame a la tierra para salvar a los hombres con luz de Tu propia Luz. ¡Osaré salvar a los hombres para tu reino! Lucharé contra el mal en la tierra". Cuando Enoc hubo dicho estas palabras, Dios Padre le dio luz de Su propia Luz.

Al cabo de un tiempo, Enoc nació en la tierra como un niño pequeño. Su alma brillaba tanto que la casa de sus padres se llenó de luz. Una sirvienta corrió a los campos para llevar a su padre la feliz noticia del nacimiento de su hijo.

Cuando llegó el padre, vio muchos pájaros blancos circundando su casa. Daban vueltas cada vez más alto hasta que desaparecieron en el azul del cielo. En el umbral de la casa, una luz radiante brillaba hacia él. Encontró un pequeño niño acostado al lado de su madre. Los ojos del niño brillaban como el sol. Con ternura, el padre tomó al niño en sus brazos.

A esa hora, un anciano llegó a la casa. ¡El anciano había conocido a Set! Un sueño le había anunciado el nacimiento de Enoc, y dijo a los padres de Enoc: "¡Regocijaos conmigo! En vuestro hijo, ¡la luz de Set ha vuelto a la tierra de nuevo! Ahora puedo morir en paz, pues sé que un nuevo mensajero de Dios ha sido enviado a los hombres. Mientras mis pies me sostengan, iré y proclamaré que ha nacido Enoc, ¡el mayor sacerdote desde Set!"

Enoc hace su primera ofrenda

Los espíritus malignos intentaron acercarse a Enoc cuando era un niño, pero en vano. Su ángel de la guarda le protegía de todo peligro. Cuando era un hombre joven, fue a la ciudad donde vivían muchos adoradores de ídolos. Los vio bailar frenéticamente dando vueltas y vueltas alrededor de un gran ídolo, y oyó sus palabras blasfemas.

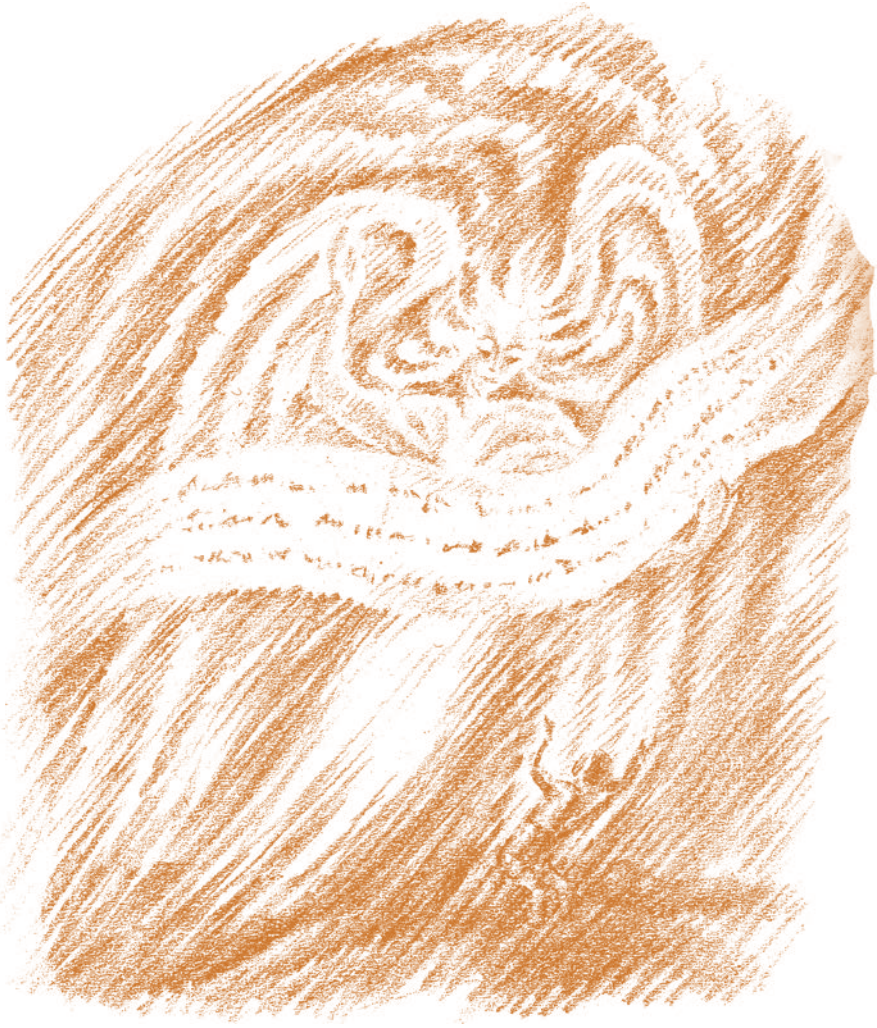
Una ira sagrada se apoderó de Enoc. Sus palabras retumbaron tan alto, que el ídolo de barro comenzó a balancearse y tambalearse. Con un poderoso impulso, lo arrojó al suelo de piedra, y se rompió en pedazos con un violento estruendo. Los adoradores de ídolos gritaron enfurecidos; muchos de ellos huyeron. Otros se quedaron mirando a Enoc aterrorizados. Gritó: "¡Borrad las líneas negras dentadas de vuestras frentes! Vuestro demonio ha huido. La Luz de Dios volverá a vivir entre los hombres. ¡Traed leña! ¡Haremos un sacrificio y ofreceremos oraciones!"

La gente estaba tan abrumada por Enoc que no podía hacer otra cosa que obedecerle. Trajeron leña y enseguida un fuego de sacrificio ardió sobre el pedestal de piedra sobre el que había descansado el ídolo. Enoc pronunció unas palabras santas ante las llamas. Las personas congregadas quedaron impresionadas por el coraje de Enoc y borraron las señales de sus frentes. Un gran número se reunió alrededor de la nueva ofrenda. A partir de ese momento, Enoc vagó de un lugar a otro ayudando a las almas humanas a encontrar el reino de los cielos.

Enoc encuentra la cueva del Libro Sagrado

Un día, Enoc descansaba junto a un arroyo cuando un majestuoso ángel se le apareció. Al principio pensó, "¿Ha llegado la hora de mi muerte?"

"No", dijo el ángel. "Me envía Dios para mostrarte la cueva en la que Set selló el Libro de Adán". El ángel le llevó a la cueva. Enoc abrió una brecha en la pared y entró en la cámara sagrada. Era una amplia y luminosa cueva, cuyas paredes brillaban y relucían con cristales.



Tuvo que apartar la mirada de la luminosidad del libro. Al hacerlo, vio un ataúd. El ángel le dijo: "Aquí yace el cuerpo de Adán. Se ha guardado para tiempos futuros y un día será llevado a otro lugar".

Entonces el ángel enseñó a Enoc a leer el libro en el que se había escrito la sabiduría del mundo. Enoc permaneció en la cueva durante mucho tiempo. Su cuerpo no necesitaba alimentos ni bebida, ya que se hallaba bajo la Luz de Dios y Él lo alimentaba. Enoc volvió con los hombres, su alma llena de sabiduría y luz sagrada.

El peregrinaje de Enoc

Una vez cuando Enoc vagaba por un bosque, oyó gritos y risas. "Esas personas parecen rufianes", pensó. "¿Debo evitarlos y seguir mi camino en otra dirección?" Permaneció inmóvil un momento y entonces se dijo a sí mismo: "La luz brillará en la oscuridad. Me acercaré a ellos, sean quienes sean". Se dirigió hacia el claro donde se oían las estridentes voces y se encontró con un banda de ladrones. Estaban sentados alrededor de una hoguera, asando carne. Enoc vio que todos ellos se habían dibujado líneas negras dentadas en la frente. Los saludó con voz potente.

Fue tan grande su sorpresa y respeto que ninguno de ellos se atrevió a enfrentarse a él. Dejaron de gritar y reír, y lo invitaron a acercarse al fuego. Ninguno había visto antes a Enoc, y todos se preguntaban: "¿Quién puede ser este atrevido vagabundo que se sienta osadamente con ladrones?" Sin decir una palabra, los ladrones masticaban su carne y roían los huesos.

Enoc miró hacia las llamas y dijo: "En el principio, Dios creó los cielos, la tierra y el hombre, de la luz y el fuego. Todo se creó a través de Él. De Él brotaron todas las formas de vida. Todo lo que crece en los árboles del bosque, que se desliza por el suelo o vuela por el aire y que brilla sobre el hombre y lo calienta, todo tiene su ser en Dios".

Llenos de asombro, los ladrones escucharon a Enoc hablar de los siete días de la Creación. Nunca habían oído hablar de tales cosas. Uno tras otro tiró el hueso, se limpió la boca y se puso cómodo junto al fuego.

Cuando habló de los ángeles, uno de sus oyentes dijo: "¿No apoya Dios a los ángeles y el diablo a los hombres? Un mago me enseñó esto. Dios nos echó del Paraíso y nos puso en el reino del diablo. Le servimos de la manera que nos conviene".

Enoc continuó: "El hombre se encuentra entre Dios y el diablo, como la flor entre la luz y la oscuridad. Con su flor, se abre a la luz y con sus raíces se aferra a la oscuridad ¡y se mantiene erguida!" Con potentes palabras Enoc alabó a los seres y mecanismos de la Luz de modo que, uno tras otro, los miembros de la banda de ladrones se borraron las líneas negras dentadas. Ni se dieron cuenta de que el fuego se había apagado. Cuando uno de los hombres puso leña en el fuego y la llama se reavivó, todos los hombres volvieron sus frentes limpias hacia el fuego. Enoc se levantó, metió la mano en bolsillo de la chaqueta y echó resina aromática a las llamas. Entonces pronunció las palabras del santo sacrificio.

Cuando presenciaron el santo sacrificio y pensaron en sus fechorías, de los ojos de los hombres brotaron lágrimas de vergüenza y remordimiento. Suplicaron a Enoc: "Deja que vayamos contigo. Ya no queremos quedarnos en nuestras cuevas de ladrones". A la mañana siguiente, se bañaron en el río para purificarse.

A partir de entonces, Enoc siempre iba con un grupo de acompañantes. De día en día su grupo de seguidores creció hasta que fue toda una tribu. Entonces decidió quedarse en un mismo lugar. Eligió un lugar al pie de una montaña cerca de la cueva donde estaba escondido el Libro de Adán. A partir de ese momento, vivió en la cueva. Sus seguidores construyeron casas alrededor y trabajaron la tierra. Estaban felices de poder vivir cerca de Enoc.

La montaña de Dios y sus sacerdotes

Cada vez más personas se acercaban a escuchar las palabras de Enoc. Subía la colina sobre su cueva cada día para hacer un sacrificio en el altar y hablar con la gente sobre el reino de los cielos. Una gran multitud de personas levantó tiendas de campaña en la ladera. Las palabras de Enoc les llenaban de la calidez y la luz de Dios. Vivían en paz como hermanos y hermanas. Se dice que en tiempos de Enoc los campos produjeron más grano y los árboles dieron una mayor abundancia de frutos. El mal comenzó a abandonar el corazón de los hombres. Los ángeles llevaron la buena noticia de la tierra al cielo. Pero Enoc pensó: "No permaneceré en la tierra para siempre. Los hombres deben aprender a ver la luz de Dios sin mí. A partir de ahora, haré un sacrificio en la montaña solo cada dos días". Poco a poco Enoc enseñó a los hombres a vivir en la Luz de Dios sin él. Les dio oraciones para la mañana y la noche, para el trabajo y para el descanso.

La ascensión de Enoc al cielo

Al cabo de un año, Enoc iba con la gente cada tres días. Conforme pasaban los años, se acercaba cada vez con menos frecuencia, hasta que solo iba el séptimo día de cada semana. Había muchos otros sacerdotes que, como 'Hijos de Set', guiaban a la humanidad, pero sus sacrificios no tenían el poder de los de Enoc.

Entonces llegó un momento en que Enoc solo aparecía una vez al mes. Esos días se reunía una enorme multitud de personas para honrarlo como mensajero de Dios. Cuando su alta figura, vestida de blanco, se ponía de pie y ejercía el ministerio en el altar de la cima de la montaña, se hacía el silencio entre la multitud. Cuando alzaba la voz para pronunciar las santas palabras, los vientos de la montaña las llevaban lejos hasta el valle. No había nadie que no volviera a su casa un mejor hombre o mujer.

Llegó un momento en que Enoc solo aparecía una vez al año. Cuando hubieron transcurrido siete años, anunció a su pueblo que los dejaba para siempre. "Una llamada ha llegado a mí, que ascenderé al cielo. Por última vez os digo, practicad y realizad aquellos actos en la tierra que conducen a la luz de los cielos".

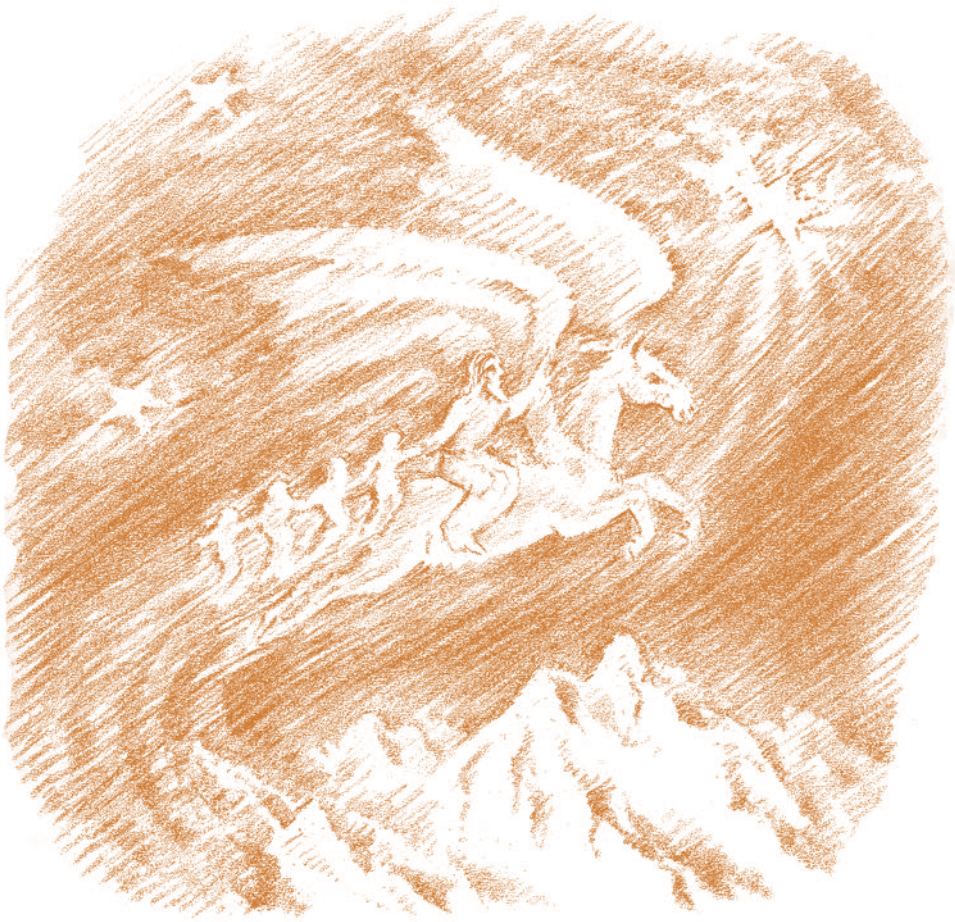
La multitud no entendía sus palabras y muchos pensaron que les había narrado una parábola. ¡Pero he aquí! Cuando se completó el sacrificio, no fue hacia su cueva como de costumbre, ¡sino hacia una alta cordillera cuya cima estaba cubierta de hielo y nieve! Cuando la gente entendió que Enoc realmente los dejaba para siempre, le siguió una larga procesión.

Después de un tiempo, se volvió y dijo: "¡Id a vuestros hogares, buena gente! Aunque os dejo, estaré cerca de vosotros en el sacrificio si pensáis en mí". Muchos se dieron la vuelta con gran pesar y lágrimas en los ojos. Enoc subió cada vez más alto hacia las escarpadas y rocosas montañas. A cierta distancia tras él, un grupo de personas leales que no podía soportar separarse de él todavía le seguía. Una vez más se volvió, y cuando le alcanzaron, dijo: "¡Volved, mis fieles amigos! La tierra necesita vuestra fuerza, porque cuando Enoc se haya ido, llegará una poderosa oscuridad. ¡Sed guerreros de Luz!"

Después de estas palabras, se adentró en la nieve y el hielo de las cumbres más altas. Casi todos los que le seguían se dieron la vuelta. Un anciano, casi agotado, intentó protegerse de los vientos helados en las grietas rocosas. Vio a varias personas tambalearse por el glaciar detrás de Enoc. Empezó a nevar. En el resplandor ardiente del atardecer, el anciano vio como Enoc se desvanecía en la blancura de la montaña. Vio a uno tras otro de los fieles hundirse en la nieve. Estaban muriendo de frío. El resplandor rojizo de la tarde se desvaneció y aparecieron las estrellas. De repente, un caballo blanco alado flotó hacia la tierra desde una nube luminosa. Como si fuera un enérgico joven, Enoc montó en el caballo. Saludó y extendió la mano a sus moribundos seguidores. ¡Y he aquí! de la tumba helada,

las almas, doce en total, ¡ascendieron hacia él y se aferraron a la cola del caballo alado! Moviendo las alas con fuerza, el caballo se elevó hacia el cielo y desapareció entre las estrellas.

Al día siguiente, varios hombres treparon a las alturas para buscar a sus compañeros desaparecidos. En el glaciar hallaron varios bloques de hielo que creyeron ser los cuerpos de sus amigos. En las grietas de las rocas, solo encontraron al débil anciano. Lo llevaron a hombros hacia el valle. Cuando recuperó las fuerzas, les contó la ascensión de Enoc al cielo. A partir de entonces, deambuló de un lugar a otro hablando de lo que había visto, para que todos los que amaban a Enoc supieran cómo había ascendido al cielo.



El anciano Matusalén

Era de noche, y el anciano Matusalén estaba sentado frente a su cabaña. Lamec, su hijo, se acercó a él y dijo: "Querido Padre, te he traído frutos del campo: dátiles, manzanas y peras. ¡Que te refresquen!"

"Siéntate a mi lado, Lamec, para que el tiempo pase más rápido. Mis pies se han vuelto tan viejos y débiles que hoy no me sostienen. Cuéntame las novedades. ¿Cómo viven los hombres del valle?"

Lamec empezó a contarle. "Mientras estaba trabajando hoy en el campo, se acercó un grupo de jóvenes. Se burlaron de mí y de mi trabajo y lanzaron piedras al campo. Me di la vuelta y me alejé, pero tiraban piedras a los árboles a fin de golpear la fruta. Mira, muchos de los higos y peras están dañados".

"¡Oh, esta raza pecadora!", dijo Matusalén. "¿Qué más deben contemplar mis viejos ojos? Hubo una época en que admiraban a Enoc. Subía montaña arriba delante de nosotros, y cuando ofrecía sacrificios, los ángeles se inclinaban desde el cielo y bendecían a todos los que oraban. Oh, Lamec, qué oscuro se ha vuelto el mundo".

"Sí, Padre, así es. La gente idea tanta maldad. De las cabañas del valle vienen bandas de hombres agrestes. Vagan por el campo, saquean los cultivos y matan los animales de los granjeros para comérselos. Han construido muchas casas de piedra a las que llaman ciudad. Quieren un rey. El peor entre ellos, temido por todos, se puso una corona en la cabeza. Un vagabundo que lo vio todo me lo contó hoy".

Mientras Lamec hablaba, Matusalén había estado comiendo la fruta. Mirando una manzana dañada, dijo: "Los hombres no caminan por la senda de Dios. El mundo se ha vuelto corrupto. Ni siquiera la fruta sabe como lo hacía antes. El grano en los campos está marchito y delgado. Si no viene un nuevo Enoc, la tierra caerá en el pecado por completo".

¿Dónde está la Casa de los Justos?

En el cielo Dios escogió un alma fuerte y dijo: "Irás a la tierra, donde tu nombre será Noé. En la tierra, intenta guiar a los hombres hacia el bien. Yo estaré contigo". Entonces Dios llamó al ángel del nacimiento y dijo: "Conduce esta alma a una casa en la tierra en la que la bondad aún brille. Esta alma renovará mis caminos en la tierra". Y el ángel del nacimiento buscó una casa a la que poder llevar el alma. Sin ser visto por los hombres, visitó muchos hogares. Pero dondequiera que fuera, la oscuridad, la falsedad, la mentira y la dureza de corazón lo recibían. Pensó que tendría que regresar al cielo e informar a Dios Padre que en la tierra no existía ninguna casa para un alma bondadosa.

Al pasar por las montañas, vio una casa que irradiaba paz y bondad. Cuando entró en la casa, oyó a Matusalén hablar con Lamec y su mujer de la época de Enoc. "Sí, así fue: todas las noches, en muchas montañas, ardían los fuegos de sacrificio. La gente acudía a Dios en gratitud por las bendiciones de la fruta, el grano y el agua. En aquel entonces, los granos de cereales eran jugosos y dulces, no tan duros y secos como en la actualidad. La tierra se regocijaba al dar una buena alimentación a los hombres, puesto que caminaban por los senderos de la Luz".

Durante mucho tiempo, el ángel escuchó a Matusalén. Vio cómo sus palabras llevaban la luz al alma de Lamec y cómo su mujer se sentaba a escuchar con silenciosa devoción. Entonces el ángel del nacimiento lo supo: "En esta casa, el alma de Noé puede llegar a

ser un niño". Regresó al cielo y contó todo lo que había averiguado en su viaje por la tierra. La casa de Lamec era una casa de rectitud.

El nacimiento de Noé

Un día, un tiempo después, mientras Lamec regresaba del campo, vio una gran bandada de palomas blancas que circundaban su casa. Las palomas volaban en círculos cada vez más amplios por encima del tejado. El espectáculo era tan maravilloso que Lamec se detuvo asombrado y observó su vuelo. Una sirvienta corrió desde la casa a los campos. "Lamec, ¡vuelve a casa! ¡Tu esposa ha dado a luz a un hijo!"

Cuando Lamec se acercó a la casa, la luminosa bandada de palomas seguía dando vueltas alrededor. Cuando entró en la casa, la encontró radiante de luz. Miró a su hijo y lo tomó en sus brazos. Lamec supo que un alma fuerte y celestial había venido a vivir dentro de este niño. El viejo Matusalén levantó sus ojos al cielo y dijo: "Su nombre será Noé. Por medio de él la tierra será salvada de la corrupción".

La ira del niño Noé

Noé se crió en la tranquila casa de la ladera. El anciano Matusalén le hablaba de épocas anteriores, más santas. Un día estaban sentados enfrente de la cabaña y contemplaban el valle. El joven Noé dijo: "Mira el humo negro que sube del valle. Se extiende como un dragón oscuro sobre la tierra".

Matusalén respondió: "Viene de la ciudad pecadora, donde se adora a los ídolos".

Noé preguntó: "¿Qué es la adoración de ídolos?"

Matusalén respondió: "Ya sabes, Noé, cómo Dios creó nuestro bello mundo. A Él llevamos ofrendas de agradecimiento, como hacían las primeras personas en la tierra. Pero los espíritus de las tinieblas quieren conducir a los hombres lejos de Dios. Por la noche, cuando los hombres duermen, los demonios les provocan pensamientos perversos. Entonces la gente ya no quiere servir a Dios. En su lugar, construyen imágenes de los espíritus malignos y los adoran".

Cuando Matusalén terminó, la ira se encendió en los ojos de Noé. Apretó los puños y gritó: "¡Cuando sea mayor, entraré en la ciudad y destruiré los ídolos!"

Un día, Noé estaba jugando en el arroyo. Había cavado muchos pequeños canales en el prado y dejaba que el agua fluyera por ellos. Mientras jugaba, varios jóvenes rufianes vinieron de la ciudad. Llevaban sacos a la espalda, llenos de fruta robada. Estaban llamando y engatusando a las ovejas que pastaban en el prado donde Noé estaba jugando. Cuando las confiadas criaturas se acercaron, los chicos empezaron a arrojarles piedras. Las ovejas heridas balaron con gran dolor y huyeron con su pastor, Noé. Los rufianes dejaron sus sacos y se acercaron a Noé, que estaba entre sus ovejas. El grupo de chicos tenía el mal en la mente y quería divertirse. Con un largo palo, el líder golpeó a los animales asustados.

Como un león, Noé saltó sobre el individuo, lo agarró, ¡y con enorme fuerza lo arrojó al arroyo! Aullando y empapado, se arrastró fuera. Otros dos intentaron sujetar a Noé, pero uno a uno aterrizaron en el agua. Mientras tanto, el resto de la cobarde banda había recogido sus sacos y salieron corriendo. Noé regresó con sus ovejas. Su cuerpo entero se estremecía. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se tiró al suelo y sollozó. Él, que no podía hacer daño ni siquiera a un insecto, se había arrojado sobre los niños y luchado contra ellos. Las ovejas se tranquilizaron después de un rato y se acostaron junto a su buen pastor. El arroyo murmuraba como antes, y las lágrimas de Noé se secaron.

Por la noche Noé contó a Matusalén y Lamec lo que había sucedido ese día. Los dos estaban asombrados de que el muchacho se hubiera hecho tan fuerte. Matusalén dijo: "No temas a esas malas personas de la ciudad. Protege al débil. Sé valiente contra el mal, y Dios estará siempre contigo".

La Ciudad de los Cien Ídolos

Pasaron muchos años y Noé creció hasta hacerse adulto. El viejo Matusalén dijo a Noé un día: "Anoche soñé que debemos ir a la ciudad. Mañana iremos juntos a la ciudad de los adoradores de ídolos".

"Muy bien", dijo Noé. "¡Tal vez logremos impedir que algunas personas hagan el mal!" Al día siguiente entraron en la ciudad, que nunca habían visitado.

El centinela en la puerta los saludó: "¿Por qué actuáis de forma tan devota y solemne? ¿No podéis estar alegres cuando entráis en nuestra ciudad?" Con una mueca de desprecio, derramó lo que quedaba de su vino sobre ellos.

Matusalén susurró: "Mantén la calma, Noé. ¡Todavía no es el momento de enfrentarse a ellos!" Se adentraron en la ciudad. Dondequiera que mirasen, veían hombres y mujeres parados sin hacer nada. Nadie trabajaba. Los hombres se peleaban por los bienes robados. Los niños lanzaban piedras a un anciano, mientras hombres y mujeres se quedaban mirando y aplaudían cuando las piedras le golpeaban.

Noé ya no pudo contener su ira. Protegiendo al anciano con su manto, gritó: "¡Cobardes! ¿Habéis olvidado que Dios os dio las manos para el trabajo y la oración?" Fue recibido con risas burlonas, y sin embargo sus atrevidas palabras y acciones impresionaron a la gente, y no se lanzaron más piedras. Noé dijo al anciano: "¡Sígueme si quieres salir de la ciudad!"

El anciano respondió: “Me has salvado la vida. Me habrían lapidado hasta hacerme sangrar sobre el polvo. A menudo hacen esto por deporte o para pasar el tiempo”. El anciano siguió a su protector.

Mientras andaban, pasaron por una casa de la que salían los lastimeros llantos y gemidos de niños. Noé entró en la casa y encontró cuatro desdichados niños. El mayor dijo: “Nuestro padre y madre fueron asesinados en una riña. No tenemos comida, y esta noche tenemos que abandonar nuestra cabaña. Vinieron dos hombres que querían echarnos. Dijeron que si todavía estamos aquí esta noche, nos golpearán y nos echarán a la calle”.

“¡Venid conmigo, niños!”, dijo Noé. “Yo os daré comida y refugio”. Tomó al niño más pequeño en sus brazos y los otros tres le siguieron.

Poco después, Noé y Matusalén llegaron a una gran plaza donde se había reunido un círculo de personas. Desde la distancia, podían ver una hoguera que ardía con grandes llamas. Hombres con los rostros ennegrecidos bailaban a su alrededor. Noé preguntó a alguien entre la multitud qué estaba sucediendo. Respondió: “Estamos quemando a esos hombres y mujeres que han osado hablar en contra de nuestro rey”.

Noé preguntó: “¿Qué han dicho contra el rey?”

El hombre respondió: “Uno de ellos dijo: 'El rey debería procurar que la gente trabaje. No debería haber tanta ociosidad'. ¡Una mujer se atrevió a decir que sería mejor que el rey cubriera las necesidades de los enfermos en lugar de seguir con sus juegos de guerra! Aquellos que critican al rey son muertos”.

Entonces Noé preguntó: “¿Quiénes son los que bailan con los rostros ennegrecidos?”

“Esos son los siervos del rey. Están a su lado día y noche, con el fin de protegerlo y llevar a cabo sus órdenes. Ahora bailan

alrededor de la imagen de piedra, que todos los que acuden aquí deben adorar".

Entonces Matusalén susurró a Noé: "Ven, vámonos a casa. Hemos visto suficiente mal por un día." Junto con los niños y el anciano, salieron de la ciudad.

El corazón de Noé quedó profundamente entristecido por todo lo que había averiguado. Dijo a Matusalén: "Nunca tomaré una esposa ni criaré hijos si tal corrupción les aguarda". Noé no regresó a la ciudad. Los niños llegaron a ser fieles siervos de su casa y el anciano se convirtió en un buen pastor.

El mandato

Una noche Noé se despertó al oír su nombre. Levantó la cabeza de la cama y escuchó. De nuevo una voz llamó: "Noé, ¿Me oyes?"

Entonces Noé comprendió que no era una voz humana, sino la voz de Dios la que le llamaba. Respondió: "Sí, Señor, te oigo".

La voz continuó: "Noé, el mal y el pecado de los hombres llegan a mí como humo opaco y pesado. Di a todos aquellos que puedan oír: '¡Absteneos del mal! Abandonad vuestras fechorías, o Dios enviará un castigo que será vuestra destrucción.' Dile esto a toda la humanidad. ¡Díselo a gritos!"

Cuando Noé vio al viejo Matusalén al día siguiente, le habló de la revelación. ¡Cómo se sorprendió cuando Matusalén le dijo que él había oído las mismas palabras! De nuevo se dispusieron a ir a los pueblos y ciudades con el fin de cumplir el mandato de Dios y amonestar al pueblo.

En esos tiempos, también por mandato de Dios, Noé tomó una esposa, cuyo nombre era Naama. El Señor dijo: "De tu familia, hombres buenos poblarán la tierra". Naama dio a luz tres hijos, cuyos nombres eran Sem, Cam y Jafet.

El rey de la corona negra

Noé y Matusalén viajaron lejos y exhortaron a todas las personas a caminar por el sendero de Dios, pero se encontraron con escasa audiencia. Llegaron por segunda vez a la Ciudad de los Cien Ídolos. Esta vez no había ningún centinela guardando la puerta. Ese día, grandes muchedumbres se agolpaban en la ciudad para ver al rey en su audiencia. Una vez a la semana el rey daba audiencia para castigar a aquellos que lo vejaban.

Desde la distancia, Noé podía ver al rey en la plaza, donde se celebraba la corte. A su lado había un ídolo. El rey llevaba una corona negra. De pronto el rey señaló con su espada a los hombres arrodillados. Inmediatamente los verdugos saltaron hacia adelante y cortaron sus cabezas, que rodaron hasta los pies del trono. Al mismo tiempo, los hombres que bailaban de forma salvaje batieron sus tambores, creando un ruido espantoso. Más prisioneros fueron llevados ante el rey.

Noé se abrió paso entre la masa de gente hacia el rey con la corona negra. Con valentía, se colocó delante del ídolo y gritó con voz atronadora: "¡Esperad! ¡Deteneos! Pecadores, ¿qué estáis haciendo? Estoy ante vosotros como mensajero de Dios y yo proclamo: Dejad de adorar los rostros de vuestros diablos. Abandonad vuestros caminos demoniacos. Arrodillaos ante Dios, que hace que el sol dé vuelta en los cielos y las estrellas salgan y se pongan". ¡Tomó un martillo de uno de los tambores y comenzó a destrozar la imagen de piedra con golpes tan fuertes que las piezas volaron en todas direcciones!

Dando fuertes gritos, el rey ordenó a sus siervos que aprehendieran al infractor y lo mataran. Como animales salvajes avanzaron hacia Noé. Lentamente Noé bajó el martillo y se quedó en silencio mirando de frente. Los amenazantes siervos extendieron sus manos para prenderlo, pero de repente se echaron atrás gritando entre lágrimas. Noé estaba envuelto por un halo de luz, cuyo brillo y calor los quemaron cuando intentaron aprehenderlo. Pálido

como la muerte, el rey bajó de su trono y montó su corcel negro. Con las prisas, se le cayó la corona de la cabeza y rodó por el suelo. Aterrorizado, se alejó al galope.

Una gran emoción se apoderó de las masas de gente. Muchos huyeron del lugar, gritando y chillando. Otros se quedaron clavados en su sitio, ansiosos por ver cómo terminaría este drama. Cuando el tumulto disminuyó, Noé continuó: "Dejad de adorar ídolos. Adorad a Dios, que ha creado los cielos y la tierra". Pero sus corazones se habían endurecido tanto por el mal que no estaban dispuestos a escuchar. Se dieron la vuelta y abandonaron la plaza. Sin embargo, nadie se atrevió a acercarse a Noé.

Un pequeño grupo de personas acogió las palabras de Noé en su corazón. Se acercaron a él y dijeron: "Maestro, tus palabras son buenas. ¿Qué debemos hacer?"

Noé respondió: "Seguidme fuera de la ciudad, porque Dios la destruirá". Así Matusalén y Noé abandonaron la ciudad seguidos de un pequeño grupo de personas cuyos corazones todavía tenían una chispa de bondad. Fuera de las puertas de la ciudad, algunos se volvieron atrás, pues no estaban listos para abandonar sus costumbres pecaminosas. El resto siguió detrás de Noé y Matusalén.

Rafael guía a Noé al Libro de la Vida

Tras visitar la ciudad, el alma de Noé estaba profundamente agitada. El arcángel Rafael se le apareció y dijo: "He venido a ti por orden de Dios para ayudar a sanar la tierra". Ayudó a Noé a comprender los actos de la vida y el significado de la muerte, a distinguir entre espíritus buenos y malignos. Rafael llevó a Noé a la cueva del Libro Sagrado, que en su día Adán había legado a Set, y Set había legado a Enoc. Ahora era revelada a Noé.

¿Qué encontró en la sabiduría del Libro Sagrado? Aprendió a curar muchas enfermedades. Aprendió a entender los poderes del sol, la

luna y las estrellas. Fue capaz de comprender los acontecimientos pasados de la tierra, el presente y el futuro.

El mandamiento para construir el Arca

Cuando el alma de Noé se llenó de la santidad del libro, el mismo Dios le habló y le dijo: "Noé, ¡he decidido destruir la raza pecadora de los hombres en la tierra! Caerán lluvias torrenciales y crecerán las aguas. Durante cuarenta días y cuarenta noches se abrirán los pozos de los cielos y las profundidades. El agua cubrirá la tierra y las montañas del viejo mundo. Pero tú, Noé, junto con tu familia, serás salvado y llevado a un nuevo mundo. Construye un arca grande de madera de cedro. Construye cámaras en su interior, y sella las grietas con brea. En lo alto, haz una ventana, y en un lado, haz una puerta. El arca debe tener tres plantas: una en la parte inferior, una en el medio y una arriba. Trae todos los animales de la tierra al arca, dos de cada especie. Lleva contigo alimentos en abundancia. Cuando haya llegado el momento, entra en el arca con tus tres hijos y tu gente para que seáis salvados para un mundo nuevo".

Cuando Dios hubo hablado así, Noé llamó a sus hijos Sem, Cam y Jafet, y les dijo lo que Dios le había ordenado. Se alegraron mucho de poder servir a Dios construyendo un arca.

Con todos los hombres de la familia, se pusieron en camino hacia una montaña cercana llamada Cardinon. Talaron los cedros gigantes que allí crecían. Cuando terminaron de unir las primeras vigas y tablones, el viejo Matusalén murió. Antes de que su alma partiera de su cuerpo, dijo: "Ahora puedo morir en paz y consuelo, porque he visto la construcción de un Templo para un mundo nuevo y mejor". Por el templo se refería al Arca, que fue construida de acuerdo con las medidas que Dios había dado a Noé.

Sem, Cam, Jafet y los animales

Antes del mandato de construir el Arca, Sem a menudo seguía a los pájaros, porque los quería mucho. Encontraba los nidos de las águilas en los riscos de las montañas y observaba cómo los jóvenes aguiluchos aprendían a volar. Un día trajo a casa un aguilucho. Lo domesticó. Cuando el aguilucho se había desarrollado completamente, siempre regresaba con Sem después de sobrevolar las montañas. Sem aprendió el silbido de todos los pájaros en el bosque. Persuadía al cuco, el pájaro carpintero y los muchos pájaros cantores para que vinieran con él. Picoteaban las semillas de sus manos. Una paloma silvestre a menudo se posaba sobre su hombro.

Cam era un joven valiente, con una gran fuerza. Domesticaba animales salvajes, sobre todo leones. Un día, mientras caminaba entre un grupo de árboles, un león se abalanzó sobre él. Con la velocidad del rayo, Cam se apartó a un lado ¡y el león chocó contra un tronco de árbol! Cam saltó sobre el león, se arrodilló sobre él, y lo agarró del cuello. Apretó la garganta del león con tanta firmeza que la bestia se quedó sin aliento. Poco a poco dejó que el león respirase. Este león se volvió tan manso que seguía a Cam como un fiel perro. A partir de entonces, no se veía a Cam nunca sin su león.

Jafet amaba la vida de pastor. Llevaba las ovejas y las vacas a pastar y velaba por ellas. Domesticó un poderoso toro, que ahora tiraba de su arado por los campos.

¿Será destruida el Arca?

La gente de la Ciudad de los Cien Ídolos había visto que algo raro estaba sucediendo en el Monte Cardinon. Pero nadie sabía qué se estaba construyendo. Algunos se burlaban: "Noé está construyendo un enorme ataúd. ¡Él y su familia quieren enterrarse vivos!"

Cinco hombres decidieron: "Sea lo que sea, sería una endiablada alegría quemar ese gran cajón". Una noche un grupo demasiado atrevido subió a la montaña para hacer precisamente eso. El líder llevaba una olla de barro llena de brasas. Otros llevaban leña seca y paja. Sin embargo, los hombres no sabían que Cam siempre dejaba su león bajo el Arca a fin de protegerla durante la noche. Noé había temido que la desagradable gente de la ciudad pudiera intentar causar daños. El águila de Sem descansaba por las noches en la viga más alta del Arca. De esto, los hombres tampoco eran conscientes.

En silencio, cinco figuras sombrías se deslizaron hacia el Arca. De vez en cuando se detenían para escuchar. No oían nada. El león y el águila dormían. Dentro del Arca, junto con los trabajadores, Sem, Cam y Jafet dormían en camas de paja. Los cinco hombres se escondieron detrás de un arbusto. Hubo un ligero murmullo de hojas. Un hilillo de humo se elevaba de la olla de las brasas, que una suave brisa soplaba hacia el Arca. Medio dormido, el león se acarició la nariz con la pata y estornudó. Unos pasos más y las brasas se podrían tirar bajo los secos maderos. Ya el líder levantaba las brasas de la olla. ¡Un haz de paja estaba en llamas!

De pronto se oyó un poderoso rugido. El león saltó en medio de las llamas y agarró al incendiario. Los otros hombres huyeron aterrorizados. El águila se alzó de su percha y, con un fuerte grito, persiguió volando a los hombres que huían. Les arañó la cara y picoteó los hombros hasta que gritaron de dolor. Pensaron que un horrible monstruo los perseguía.

En el Arca, Sem, Cam y Jafet se levantaron de un salto, alarmados. Oyeron el tumulto y olieron el humo. Cuando miraron bajo

el Arca, vieron las brasas y rápidamente las sofocaron con arena. Entonces encontraron al león, con su pata delantera sobre el pecho del hombre malvado. Cuando llegó Noé, dio unas palmadas al león y dio gracias a Dios de que el Arca no hubiera sufrido daños. A partir de entonces, los tres hermanos se turnaron para custodiar el Arca durante la noche.

Reunir a los animales

Cuando el Arca se completó y todas las grietas se rellenaron con brea, Noé dijo a su hijo menor: "Tú, Jafet, eres amigo de los animales de mayor tamaño, la vaca, el toro, y todos aquellos que se arrastran sobre la tierra. Ve, y trae un par de cada uno de ellos. Construye un gran corral con una sólida cerca y reúne a los animales dentro. Más tarde los llevaremos al Arca. Tendrán espacio en la cámara baja del Arca".

Jafet preguntó: "¿Cómo sabré qué animales elegir?"

Noé respondió: "Dios me ha dado una señal que los ángeles te ayudarán a escoger y guiar a los animales. Trae contigo a todos aquellos que se tumben tranquilamente ante ti cuando te acerques". Así Jafet se dispuso a reunir a los animales de mayor tamaño.

A Sem, Noé dijo: "Tú eres amigo del águila y los pájaros. Reúne un par de cada especie. Pueden posarse en los árboles de un bosque cercano hasta que estemos listos para dejarlos volar a las cámaras más altas del Arca".

Sem dijo: "Padre, ¿qué nos dará luz en el Arca, puesto que debemos cerrar todas las ventanas?"

Noé respondió: "Ve a las montañas. En una cueva encontrarás la maravillosa piedra de Anoa; esta piedra preciosa nos dará luz en el Arca".

Sem se dirigió hacia las montañas, atrayendo y llamando a los pájaros. Una tarde se encontró una cueva desde la que brillaba una misteriosa luz. Allí encontró la piedra preciosa de Anoa. La llevó en la mano como un cristal. Cuando regresó al valle, una gran bandada de pájaros voló en círculos sobre su cabeza y lo siguió. Cuando se sentó a descansar, los pájaros se posaron en los árboles. Cuando siguió su camino, los pájaros se elevaron en el aire y volaron en dirección al Arca. Solo las gallinetas y las perdices cacareaban mientras corrían tras él por el suelo.

De esta manera, Sem regresó al bosque cerca del Arca. Los pájaros se posaron en los árboles. Silbaron y cantaron todo el día. Sin embargo, ningún ave de gran tamaño hizo daño a otra más pequeña. Se sentaron todos juntos y felices y cantaron en las ramas de los árboles, como habían hecho tiempo atrás en el Jardín del Edén.

Entrada en el Arca

El Arca se completó y todas las grietas fueron selladas. Sem, Cam y Jafet fueron con Noé y dijeron: "Dinos, Padre, cómo traeremos los animales al Arca, pues todo está listo".

Noé ordenó: "Primero, traed comida al Arca. Aunque los animales dormirán durante la mayor parte de nuestro largo viaje, necesitarán alimentos. Entonces tú, Jafet, trae los animales más pesados a la cámara baja. Tú, Cam, trae los tuyos a la del medio. Cuando todos estén dentro, abre la ventana de techo para Sem, de modo que los pájaros puedan entrar".

Entonces los hijos de Noé y los demás miembros de su familia llevaron muchos tipos de alimentos al Arca. Sobre todo, llevaron granos, higos, hojas de hiedra y fruta. El propio Noé llevó vides, higos y olivos. Quería plantar estos en el nuevo mundo.

Después de hacer todo esto, era el momento de que Jafet llevase sus animales al Arca. Se colocaron unas vigas anchas para hacer

un puente. Primero Jafet llevó al toro, la vaca, y los otros animales domésticos. Había traído solo jóvenes elefantes, búfalos y jirafas, pues la puerta era demasiado pequeña para las criaturas adultas.

Hubo mucha conmoción en el puente cuando los reptiles, como serpientes, salamandras y lagartos entraron arrastrándose al Arca. Una cosa era inusual: ¡ningún animal hacía daño a otro! Vivían en paz y amistad como lo habían hecho en el Paraíso. La serpiente se olvidó de que tenía colmillos venenosos. Incluso los puercoespines y erizos trataban de mantener suaves sus cerdas. La cámara baja estaba llena. Los animales se acostaron y enseguida cayeron en un profundo sueño.

Entonces Cam condujo a los leones, panteras, leopardos, gatos monteses y un tren de otros animales del bosque al Arca. También ellos se acostaron silenciosamente en sus cámaras en la sección central.

Entonces Noé abrió la ventana del techo y Sem silbó a los pájaros. Vinieron en parejas, según los llamaba. Si hubieran llegado todos a la vez, ¡habrían chocado y roto sus alas!

Cuando el sol se puso, Noé dijo: "Por hoy, cerremos el Arca. Mañana, hijos míos, debéis emprender un viaje conmigo. He recibido la orden de traer el ataúd de Adán al nuevo mundo". Cuando Noé estaba a punto de cerrar la puerta, algo revoloteó sobre su cabeza. Dos murciélagos chillaron asustados y rogaron que se les dejara entrar. "Ajá", dijo Noé, "No sabíais si erais de la familia de los ratones o los pájaros. ¡Entrad!" Al oír estas palabras aparecieron dos lechuzas. "Hmm", dijo Noé, "Tenéis miedo de que los otros pájaros os molesten si os sentáis con ellos. Sentaos sobre mis hombros". Las lechuzas se encaramaron felizmente sobre los hombros de Noé, mientras que los murciélagos se aferraron a su brazo.

Subió a la cámara de los pájaros. La mayoría ya estaban dormidos. Llevó las criaturas nocturnas a una esquina. "Finalmente puedo cerrar la puerta", dijo Noé. Pero, he aquí que los caracoles

habían trepado por el marco de la puerta y estaban atorados allí. Acababan de llegar. Noé les llevó a la cámara baja. Entonces cerró la puerta.

El ataúd de Adán

Por última vez Noé y sus hijos salieron del Arca, para ir a la cueva donde estaba sepultado el cuerpo de Adán. Guiados por un ángel, encontraron el lugar, una gruta bajo la tierra. Llenos de asombro y reverencia, los tres hermanos cargaron el ataúd sobre sus hombros y lo llevaron al Arca, tal como Noé les había ordenado. Sobre el ataúd sujetaron la piedra preciosa de Anoa, que emitía una tenue luz en la oscuridad del Arca.

Cuando se hubo llevado todo al Arca, Noé oró a Dios y dijo: "Señor, hemos realizado el trabajo como ordenaste. Permanece con nosotros conforme a Tu Voluntad".

El arca es sellada y comienza la lluvia

Todos los que habían ayudado a construir el Arca entraron en ella: los hijos de Noé, sus esposas y todas sus familias. De pie en la puerta, Noé echó una mirada de despedida al viejo mundo, como si esperara que alguien más llegara. Sus ojos recorrieron el horizonte, pero no apareció nadie. Lentamente, cerró la pesada puerta.

Poco después una nube blanca se acercó al Arca. Una mano se extendió desde la nube y escribió una señal en la puerta diciendo que debía permanecer cerrada hasta que se diera otra señal.

El Diluvio

Durante muchos días, unas nubes oscuras se habían estado acumulando hacia tierra. Un trueno misterioso y aterrador retumbó por todas partes. De pronto la lluvia comenzó a caer del cielo con tal fuerza que la gente buscó refugio en casas y cuevas y debajo de los árboles. Lanzaban muchas maldiciones, sacudían sus puños hacia el cielo y gritaban: "¿Quieres que nos ahoguemos aquí abajo?" Sin embargo, ya que la lluvia no dejó de caer durante toda la noche y el agua inundó las casas y cabañas, un miedo atroz se apoderó ellos. Al principio treparon a las partes altas de las casas y los árboles. Muchos comenzaron a hacer pequeñas balsas con vigas y tablas.

Pero la lluvia seguía cayendo y el agua subía cada vez más alto. Entre los destellos de los relámpagos y el retumbar de los truenos, se podían oír los gritos y lamentos de la gente. Los que pudieron huir corrieron a las montañas. Grandes multitudes hambrientas se congregaron allí, incluyendo el rey pecador y sus seguidores.

Cuando la lluvia amainó brevemente, y un rayo de luz atravesó las nubes, pudieron ver el Arca flotando. Impulsada por el viento, pasó cerca de la Ciudad de los Cien Ídolos. Resonaron fuertes gritos. "Noé, Noé, ¡sálvanos! Prestaremos atención a tus palabras. ¡Sálvanos!" Pero su arrepentimiento llegaba demasiado tarde. Los vientos se tragaron sus súplicas y gritos.

Varios buenos nadadores nadaron al Arca. Cuando la alcanzaron, se aferraron a las grietas. Con sus puños golpearon los lados del arca, gritando: "Noé, ¡abre!" Pero sus voces no penetraban la madera y sus golpes eran como las pisadas suaves y apagadas de los animales sobre el suelo de madera.

En esos momentos, Noé reunió a su familia para una oración de gracias. Dijo: "Siento un gran pesar y mis ojos están llenos de lágrimas porque se ha dictado una terrible sentencia sobre los hombres pecadores. Que Dios se apiade de sus almas, ya que Él destruirá sus cuerpos".

Al día siguiente se levantó una gran tempestad y las enormes olas de la inundación sacudieron el Arca. Un terrible terremoto sacudió el viejo mundo. Montañas y tierras se hundieron. Las balsas se hicieron pedazos y los supervivientes que se aferraban fueron arrojados a las fuertes olas. En las montañas el resto de la gente se acurrucaba. Muchos saltaban al agua en su desesperación. En la cima de la montaña más alta estaba sentado el Rey del Pecado. Se había vestido con una piel de tigre. En la mano derecha, sostenía una espada. Ante él estaban sus siervos, de cuyas caras la lluvia había lavado los signos hechos con hollín.

Cuando el agua subió al pico más alto, esta gente malvada tiró al agua a todos los que intentaban trepar hacia arriba. Apresuradamente llevaron piedras, con el fin de hacer el pico de la montaña un poco más alto. Al caer la noche, los siervos se acurrucaron a los pies de su rey. Les gritó que saltaran al agua. Blandió su espada, hasta que uno tras otro desapareció bajo la inundación. El último, sin embargo, forcejeó y luchó contra el rey hasta el final. Le arrancó la espada sangrienta al rey y la arrojó al agua. Poco después, arrojó la corona negra. Siguieron luchando. El agua les llegó a las rodillas. De pronto, enredados el uno con el otro, perdieron el equilibrio y silenciosamente se deslizaron bajo las fuertes olas. Los últimos cuerpos humanos del viejo mundo se hundieron en las profundidades del océano.

Angustia en el Arca

Cuando la tierra temblaba durante la feroz tormenta y las enormes olas batían el agua, Noé y su familia padecieron una gran angustia. Los animales y las personas perdían el equilibrio y eran lanzados contra las paredes del Arca. Todas las criaturas despertaron. Los fuertes y temerosos gemidos resonaban en el Arca. Solo los caracoles y las marmotas siguieron durmiendo. Las jirafas sufrían mucho. Sus cabezas golpeaban el techo. Jafet serró un agujero en el techo para que pudieran meter la cabeza en la sección central. Cuando Cam caminaba por la segunda planta, tropezó contra una cabeza y un cuello sin piernas. Solo entonces reconoció las cabezas de las jirafas, que llegaban hasta su cámara.

Sem, Cam y Jafet tuvieron muchos problemas para calmar a los animales. Las serpientes estaban aterrorizadas, cuando primero una vaca y luego un burro las pisaron. Jafet reunió a las serpientes en una esquina y les dijo que se enrollasen.

Cuando Cam se acercó al león, el león gruñó porque el lobo se había acostado a su lado. Cam acarició la melena del león y tiró de la oreja del lobo cuando le enseñó los colmillos. Entonces ambas bestias se calmaron de nuevo.

Los ruidos más fuertes, sin embargo, provenían de arriba. Los cacareos, graznidos, silbidos y chirridos llenaban la casa de los pájaros. Sem los alimentaba con granos y semillas; mientras picoteaban y comían, los pájaros se olvidaban de su angustia. Cuando Sem se acercó a los patos, vio que durante la tormenta habían permanecido quietos en su esquina. Acarició sus plumas y les dijo unas palabras amables. Los patos pensaron: "Los otros pájaros quieren molestarnos. El hombre nos acaricia. Es bueno".

Cuando la tormenta amainó, los hermanos alimentaron a los animales. Enseguida todos cayeron en un profundo sueño, y no despertaron hasta que llegaron al nuevo mundo.

El vuelo del cuervo y el mensaje de la paloma

Un viento estable llevó el Arca hacia el Este durante más de cuarenta días. Entonces un día, Sem bajó de la cámara más alta a la del medio y dijo a Noé: "Padre, todo está muy tranquilo. Ya no llueve. Sin duda, ¡la gran lluvia ha pasado!" Noé subió a lo alto y escuchó. No se oía llover. ¡Había parado!

Noé dijo: "Dame la escalera. Abriré la ventana y miraré fuera". No vio nada más que agua, agua y brumosas nubes grises.

Sem dijo: "Dejemos que vuele un cuervo. Puede volar lejos y mirar alrededor. Tal vez nos pueda traer noticias". Noé dejó volar a un cuervo. El cuervo voló en amplios círculos sobre el agua. Finalmente, se alejó y no regresó. ¡Fue el primero en encontrar el nuevo mundo!

Después, Noé dejó volar a una paloma para que encontrase tierra. Después de varias horas la paloma regresó. No pudo encontrar ningún lugar para descansar. Noé cerró la ventana y dijo: "Tenemos que esperar pacientemente a la orden del Señor. Él nos dará una señal".

Al cabo de otros siete días, dejó que la paloma volase de nuevo. Por la noche la paloma regresó. ¡He aquí! ¡Había partido una ramita de olivo y la traía en el pico! Entonces Noé supo que las aguas sobre la tierra habían bajado. Pero, ¿dónde había encontrado la paloma la rama? Había estado en el Monte de los Olivos, donde en épocas posteriores se construyó la ciudad de Jerusalén y donde sucedieron muchos otros acontecimientos.

Al cabo de otros siete días, Noé soltó otra paloma. Esta paloma no regresó. Entonces estuvo seguro de que se acercaba la hora en que contemplaría el nuevo mundo. Pero siguió esperando una señal de Dios.

El nuevo mundo

Un día un temblor sacudió el Arca, como si el Arca hubiera chocado con algo sólido. Pero Noé no abrió la puerta, pues sabía que la tierra tenía que secarse antes de poder dejar salir a los animales. Poco después, Dios habló a Noé durante la noche, "Ha llegado el momento. Deja el Arca y lleva a los animales contigo".

A la mañana siguiente, Noé abrió la puerta. ¡Un mundo verde y fresco se extendía ante él! Ordenó a Sem soltar los pájaros. Sem abrió la ventana y dejó que el águila saliera primero. ¡Qué magnífico espectáculo ver cómo la majestuosa ave se elevaba en el soleado cielo azul! Entonces miles de aves multicolores alzaron el vuelo tras el águila.

Cam liberó a los animales de la cámara intermedia. El león y su familia salieron dando felices saltos. Puesto que los animales seguían siendo mansos, la paz paradisíaca reinó entre ellos durante bastante tiempo.

Finalmente Jafet condujo fuera al toro y los demás animales pesados. Las serpientes se deslizaron retorciéndose hacia los arbustos. Los ratones se precipitaron a los agujeros más cercanos. Los caracoles, naturalmente, llegaron los últimos; algunos se quedaron pegados al Arca durante varios días más.

Noé caminó por el Arca para ver si todos los animales se habían ido. En la parte superior, encontró a las lechuzas y los murciélagos en su rincón oscuro. Sabía que querían esperar a la noche para volar fuera, y por eso los dejó en paz.

La ofrenda en agradecimiento

Con la ayuda de sus hijos, Noé construyó un altar de piedras al lado del Arca. No había ni un solo miembro de la familia que no llevara piedras alegremente para este primer altar en el nuevo mundo. Se encendió el primer fuego, un fuego de agradecimiento. Mientras la gente se arrodillaba ante el altar y daba gracias a Dios por haberlos salvado del diluvio, un magnífico arco iris atravesó el cielo. En su corazón, Noé oyó la voz de Dios diciendo: "Acepto tu ofrenda. Nunca más enviaré un diluvio sobre la tierra. Vive de acuerdo con Mis mandamientos. El arco iris será un signo de nuestra alianza".

A medida que Noé oía las palabras en su corazón, las proclamaba desde el altar. Sem dijo: "Seré un sacerdote del Señor, para que la ofrenda siempre se mantenga sagrada en el nuevo mundo".

El diablo en la viña de Noé

En las laderas del monte Ararat, Noé plantó los árboles que había traído del viejo mundo: la higuera, el olivo y el almendro. También plantó las vides para tener un pequeño viñedo. Mientras estaba plantando las vides, Satanás vino a él y le preguntó: "¿Qué estás poniendo en el suelo?"

Noé respondió: "Estoy plantando una viña."

El diablo preguntó: "¿Qué será de los palos?"

Noé respondió: "El fruto de la vid es dulce, en fresco o en seco. De las bayas se prensa un jugo que deleita a los hombres".

El diablo se escabulló. Unos días más tarde, cuando Noé no estaba allí, regresó con una oveja, un león, un simio y un cerdo. Mató a la oveja y dejó que la sangre fluyera por el viñedo. Luego mató al león, al simio y al cerdo, y dejó que la sangre empapara la tierra.

El diablo sonrió y dijo: "Cuando los hombres beban la primera copa de vino, serán como el cordero manso. La segunda copa les hará sentirse tan fuertes como el león. Dirán: "Yo soy el rey: no hay nadie como yo". Con la tercera copa, se emborracharán y andarán como los simios; entonces ya no sabrán qué hacer. Por último, si beben más vino, lo verterán sobre sus ropas ¡y se revolcarán en el suelo como los cerdos!" Sonrió y pensó: " Ya he traído algo al nuevo mundo que llevará a los hombres por mi sendero".

Sem y los ángeles

Noé siguió viviendo en el Arca, pero sus hijos y sus familias construyeron casas al pie del monte Ararat. Sem dijo a Noé: "Padre, un ángel de Dios me ha ordenado que cargue el ataúd de Adán a mi espalda y lo siga donde me lleve. Adán tendrá su tumba en el nuevo mundo también".

Noé respondió: "Hijo mío, cumple el mandamiento que el ángel te ha dado. Yo permaneceré aquí y haré las ofrendas". Así, Sem cargó el ataúd de Adán sobre sus fuertes hombros y bajó del monte Ararat al valle.

El ángel caminó a su lado y llevó a Sem en un largo viaje a una colina que más tarde se llamó Gólgota. Cuando Sem llegó a la colina, la tierra se abrió ante él. Colocó el cuerpo de Adán en la tierra. Cuando la tierra hubo recibido el cuerpo del ancestro del hombre, se cerró. El ángel le dijo a Sem: "A través de Adán, la muerte llegó a la humanidad. En tiempos futuros, cuando la humanidad vuelva a ser malvada, Dios enviará a su Hijo como Salvador. Desde este lugar Él traerá vida y luz a la tierra".

Entonces Sem construyó cerca una cabaña y a partir de ese día fue siervo del gran misterio que el ángel le había revelado ante la tumba de Adán.

Epílogo

Esta colección de historias y descripciones es fruto del trabajo del autor durante varios años dando a conocer el mundo del Antiguo Testamento a niños de enseñanza primaria. Me he inspirado en diversas fuentes bíblicas y textos apócrifos, especialmente "Leyendas Completas de los Judíos" (Sagen der Juden) de Ben Gurion. Partiendo de la tradición oral, estas historias ofrecen en formato de leyenda un conciso relato bíblico que es poética y mitológicamente accesible al niño en desarrollo de ocho a diez años.

La simpatía con el bien, con el mundo divino, y la tristeza y la oscuridad resultante de la expulsión de la luz constituyen no solo el drama del Antiguo Testamento, sino también el del ser humano individual. Esto es lo que el niño experimenta y sigue, en las alas de sus sentimientos. Si logramos permitir que la realidad de la naturaleza surja del fondo divino y colorido de la creación del mundo, entonces la admiración, la reverencia y el amor por ella pueden florecer. Si el pecado y la corrupción como fuerzas evolutivas se transforman en algo bueno y luego se aclaran, se despiertan las facultades morales. ¡Es difícil encontrar imágenes más potentes y significativas que las expresadas en los grandes acontecimientos del Antiguo Testamento!

La forma de estas historias se ha creado libremente a partir de una actitud interna de responsabilidad hacia sus fuentes. Cabe esperar que lleguen a los corazones y sentimientos de los niños, y que sirvan de estímulo en las primeras lecciones sobre las religiones del mundo.

– Jakob Streit

Del Libro de Génesis

Be RESHIT BARA ELOHIM ET HASHAMAYIM Ve'ET HA'AREZ.
bə'rɛʃi:t ba:a': ɛlɔhi':m ɛt Haiʃa:ma:ji:m vəɛ't ha:a':rets
beh-reshe'et ba-ra' elo he'em et hashama'yeem veh-e't ha a'rets

Ve HA'AREZ HAYTA TOHU VAVOHU Ve CHOSHECH
və ha:a'rɛts hajita': tɔ'hu: va:vɔ'hu: vəχɔ'ʃɛχ
ve ha-a'rets high-ta' to'who va vo'whu ve-cho'shech

AL-PNEY THOM,
a:l-pne'i tə hɔ'm
al-pneigh te-ho'mm,

VE RUACH ELOHIM: Me RACHEFET AL-PNEY HAMAJIM.
vəru':a:χ ɛlɔhi:m: məra:χɛ'fɛt al-pnɛ'i ha:má:ji:m
veru'ach eloheém me rache'fet al-pnei'gh ha ma'yeem

VAYOMER ELOHIM: YeHI'OR VAYHI-'OR.
vaijɔ'mer ɛlɔhi:'m jə hi':ɔr va:jəhi':ɔr
vigh o'mer eloheém ye he'e or vigh he'e or

VAYAR ELOHIM ET HA'OR KI-TOV;
Va:ja:'r ɛlɔhi':m ɛt ha:ɔ'r ki:tɔ'v;
vigha'r eloheém et ha o'r kee to'v

VAYAVDEL ELOHIM BEYN HA'OR 'UVEYN HACHOSHECH.
va:ja:v dɛ'l ɛlɔhi:'m bein ha:ɔ'r u-vei'n ha:χɔ'ʃɛχ.
vigh av dɛ'l eloheém beighn ha'o'r oovei'gn hachóshech

VAYIKRA ELOHIM LA'OR YOM VeLACHOSHECH KARA
vaji:kra': ɛlɔhi:'m la:ɔ'r jɔ'm vəla:χɔ'ʃɛχ ka:ra'
vighikra' eloheém la o'r yom velacho'shech kara'

LAYLA, VAYeHI, 'EREV VAYeHI, VOKER, YOM ECHAD.
la':jla: va:jɛ hi: ɛrɛ'v va:jɛ hi': vɔ'kɛr, jɔ'm ɛχa:d,
lí'ghl a vigh-eh-heé e'rev vigh-eh-he'e vo'ker yo'm echád

a	as	in	far	i	as	in	see
ay	as	in	nigh	e	as	in	net
ey	as	in	neigh	ch	as	in	Loch